

ROCK ME, BABY



Penélope Ember

ROCK ME, BABY



Penélope Ember

1ª edición: febrero 2023

© Penélope Ember

Diseño de la cubierta: Penélope Ember

Sello: Independently published

Esta es una obra de ficción, todos los personajes, nombres, diálogos, lugares y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor, o bien han sido utilizados en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas o hechos reales son mera coincidencia. Las ideas y opiniones vertidas en este libro son responsabilidad exclusiva de su autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

JETT

Llegamos al pueblo al anochecer. Robleblanco, un lugar diminuto que apenas figura en el mapa, pero que según la agente de eventos nos pagará lo suficiente por el concierto como para continuar con nuestra gira. No me importa demasiado el tamaño del público mientras el cheque sea decente. El hotel es modesto, pero cumple con nuestras necesidades. Después de desempacar y dejar mi guitarra en la habitación, mis compañeros se dispersan en busca de sus propios intereses. Jake y Olivia optan por relajarse en el lobby del hotel, mientras que Max desaparece en su habitación con la promesa de crear "algo espectacular" antes del concierto. Yo decido salir a explorar.

Caminar por las calles desiertas, con farolas parpadeantes y edificios que muestran los estragos del tiempo, me da la sensación de haber llegado a un pueblo de mala muerte. No me molesta; estoy aquí por la música y el dinero. No obstante, necesito aire fresco después del largo viaje.

Mis botas se hunden en el polvo y los vestigios de arena que recubren las calles mientras avanzo, dejándome llevar por la esencia única de aquel lugar. El silencio es un compañero constante, roto únicamente por el murmullo del viento entre las estructuras desgastadas y el rumor cercano del mar, cuya humedad puedo percibir. Aunque el lugar pueda parecer olvidado, tiene su propio encanto melancólico.

Es entonces cuando encuentro algo inesperado: una librería. En un lugar como este, no esperaba hallar algo más que bares destartalados. Pero ahí está, un pequeño rincón cultural en medio de la monotonía. Hay luz, por lo que parece que todavía está abierta.

Entro, y la campana sobre la puerta tintinea débilmente, como si despertara de un largo letargo. La librería es más grande de lo que esperaba, y los libros están sorprendentemente bien cuidados. La atmósfera tranquila y el olor a papel antiguo me envuelven. Para alguien acostumbrado al estruendo de los conciertos y al zumbido constante de la carretera, este lugar se presenta como un remanso de calma.

Me dedico a explorar las estanterías, dejándome llevar por la tentación de hojear algunos libros. Entonces, la escucho, el carraspeo de una voz que rompe mi concentración. Giro lentamente y me encuentro con ella.

Una joven de pelo naranja como el atardecer y ojos verdes que brillan con cierta hostilidad. No mucho más joven que yo, aunque su cabeza apenas alcanza mi hombro. Su mirada es como un vendaval, y sus brazos cruzados indican que no está dispuesta a dar la bienvenida a un extraño. Su ceño fruncido y labios apretados solo intensifican la tensión que ahora flota en el aire.

—¿Puedo ayudarte en algo? —me pregunta con voz cortante, mientras evalúa cada centímetro de mi presencia.

—Solo estoy hojeando —respondo, sin dejar de sujetar el libro entre mis manos. No voy a dejar que su actitud me afecte.

Me escudriña, y sé que está juzgándome. Mis tatuajes y piercings suelen atraer miradas curiosas o juiciosas, y ella no es la excepción. Finalmente, parece decidir que no le agrado.

—No toques nada si no lo vas a comprar —arranca el libro de mis manos para devolverlo a su lugar. Luego, da media vuelta y regresa a su puesto tras el mostrador.

Actúa como si estuviera ocupada, pero no puedo evitar notar que no despega los ojos de mí. No le gusta mi aspecto, pero no puede evitar sentir curiosidad. Puede que incluso se siente atraída, suele ocurrirme a menudo. O tal vez solo está asegurándose de que no le robe un libro. En cualquier caso, me resulta intrigante.

Finalmente, después de dar algunas vueltas por la tienda con la única intención de perturbarla, decido abandonar el refugio de los libros. No obstante, antes de partir, no puedo resistir la tentación de lanzarle un guiño a la joven, dejándola entre sorprendida y furiosa. Rápidamente, giro sobre mis talones para evitar que vea mi sonrisa. Al menos, he logrado arrancarle una reacción.

El sol pega fuerte sobre la plaza de Robleblanco, y Jake está lidiando con los cables como si fueran serpientes rebeldes. Olivia, por su parte, está afinando su bajo, y Max sigue en su mundo, maquinando algo que promete ser "espectacular". La plaza, antes más tranquila que la biblioteca de un ermitaño, ahora parece un hormiguero en plena ebullición. Hay personas trabajando, armando escenarios, colgando luces y decoraciones que parecen sacadas de un sueño psicodélico. Todo para el concierto de dentro de dos noches.

Mientras me abro camino por la plaza, siento la efervescencia del lugar. El estruendo de la preparación compite casi con el ruido de un concierto. La idea de una feria local con sus puestos añade un toque pintoresco a la escena. Aunque mentiría si dijera que aquel era el sitio más extraño en el que habían actuado.

Entre la multitud de trabajadores, allí está ella, la librera pelirroja. Su pelo resplandece bajo el sol, y es como si la hubieran iluminado expresamente para destacar entre la multitud. La encuentro ocupada con las decoraciones, y su semblante parece más suave que la tarde anterior en la librería.

La observo brevemente antes de decidirme a caminar hacia allí, curioso por ver si mi presencia despierta alguna reacción. Mientras me acerco, veo que levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran por un instante. No esconde su desagrado al reconocermelo. Me detengo frente a ella con una sonrisa.

—Hola de nuevo —le digo, intentando romper el hielo que aún persiste entre nosotros.

Pero antes de que pueda decir nada, una chica alta y con el pelo castaño recogido en un moño se acerca a nosotros con una caja pesada que deja encima de la mesa haciendo un sonido sordo. La miro brevemente, tratando de averiguar si aquello había sido una muestra de marcaje de territorio o un gesto desenfadado.

—Ey, bonitos tatuajes. Tú no eres de por aquí, ¿verdad? ¿Has venido para las fiestas? —me saluda ella. La librera parece relajarse ante su presencia.

—Tocaremos el próximo sábado —anuncio señalando al resto del grupo, cada uno dispersado en sus propias tareas.

Los ojos de la recién llegada se iluminan ante mi revelación.

—¿Sois Glitch? ¡Qué pasada! —exclama ella con entusiasmo, sin embargo, mi atención sigue con la librera, quien me sigue mirando con recelo, aunque un destello de curiosidad amenaza con delatarla— He escuchado varios discos vuestros, ¡sois muy buenos!

—Eh, gracias —digo algo distraído, pero decido mantener mi mirada fija en la nueva y consigo mantener la compostura en el último momento—. Gracias —repito—. Lo cierto es que no conocíamos este lugar, esperamos estar a la altura —dije, siguiendo el mismo discurso de siempre. No importa el lugar, todos los conciertos deben ser el mejor de la temporada, y el lugar

donde se celebra, el mejor lugar del mundo. Incluso cuando eso no era verdad.

—¿Puedo saber por qué soy el único trabajando? —dice una tercera persona llegando a su lugar. Un joven con barba de candado deja otra caja con desdén. Al mirarme finge una sonrisa antes de volverse hacia sus compañeras— No puedo creer que haya madrugado para esto.

—¡Dani! —le abronca la chica del moño— ¡Es un miembro de Glitch...!

El tal Dani me mira de arriba abajo, no parece demasiado impresionado.

—¿Y eso debería importarme porque...?

La chica del moño suspira desesperada.

—¿Es que nadie se ha leído los folletos que hice? Glitch es el grupo que tocará el sábado por la noche, ¡está anunciado en los folletos!

Dani frunce el ceño ante los decibelios de la voz de la chica del moño.

—Cariño, lo que la gente quiere es emborracharse hasta perder el norte. A nadie le importa lo más mínimo quién venga a tocar, sin ofender —dice dirigiéndose a mí.

Los ojos de la chica del moño se abren desorbitados y yo me muerdo el piercing del labio en un intento de tranquilizarme. No sé quién se piensa que es, pero si cree que puede insultarnos sin que...

Una mano tranquilizadora aparece para rescatarme apoyándose en mi hombro. La reconozco sin necesidad de girarme.

—¿Ya te estás metiendo en problemas? —dice Olivia a mi lado.

Mi amiga me mira con una ceja alzada, como si esperara una explicación por mi aparente participación en el conflicto. Sin embargo, antes de que pueda responder, la chica del moño retoma la palabra con un tono aún más exasperado.

—Por favor, ignoradle —nos pide. Luego, alza una mano y me la ofrece—. Soy Emma, la encargada del evento. Y él es Dani, no le tengáis esto en cuenta, tiene bastante mal despertar. Pero en realidad es un cielo.

—Estoy aquí, no hables como si no estuviera —se queja su malhumorado amigo, pero nadie le presta atención.

Inmediatamente, Olivia acepta la mano de Emma y la estrecha con fuerza.

—Yo soy Olivia, él es Jett —dice señalándome antes de darse la vuelta hacia los otros dos miembros que siguen con sus tareas—, y ellos dos son Max y Jake.

Emma y Olivia se sumergen en una efusiva conversación acerca de la próxima velada, el grupo y otros temas a los que no presto atención. Mi mirada sigue fija en la librera, quien ha retomado su tarea, ignorando por completo su presencia.

—¿Y cuál es tu nombre? —pregunto, apoyando una mano sobre la mesa, buscando su atención.

Ella alza la mirada hacia mí, su ceño fruncido ha vuelto.

—¿Acaso es eso importante? —responde ella, sin dejar de revisar las cajas.

Emma, su amiga, suspira a su lado al escucharla.

—Aurora, se llama Aurora —resopla Emma—. Dios, no me extraña que no tengamos más amigos —se queja, provocando una risa por mi parte.

Aurora me mira de nuevo, aparentemente molesta por haber oído mi risa. Sin decir nada, se aleja de allí, y la sigo con la mirada, incapaz de apartar mis ojos de ella. Observo la curva de sus caderas, el movimiento de su falda larga con cada paso, el balanceo de su precioso cabello naranja.

—Bueno, será mejor que volvamos al trabajo. Todavía nos queda mucho por hacer —se disculpa Olivia a mi lado, dándome un empujón para obligarme a moverme—. Un placer conoceros, ¡nos vemos!

Me vuelvo hacia el escenario con una sonrisa en la cara justo después de sentir la mirada de la librera sobre mí.

El día avanza con rapidez. Mientras el resto del grupo y yo ajustamos el sonido, observo de reojo a la pelirroja. Parece estar concentrada en su trabajo, pero de vez en cuando no puede evitar dirigirme una mirada. Es como si estuviera tratando de descifrar algo que escapa a su comprensión. Me divierte saber que logro sacarla de quicio sin siquiera intentarlo.

La tarde progresa entre la frenética preparación para el concierto y la peculiar dinámica entre los lugareños y nosotros. La chica del moño trabaja con entusiasmo, e incluso el tal Dani parece estar más involucrado de lo que está dispuesto a admitir. Mientras tanto, Aurora mantiene su actitud desafiante, pero algo en su mirada sugiere que mi presencia la intriga más de lo que está dispuesta a admitir.

Con la llegada del atardecer, la plaza se ilumina con luces vibrantes, creando un ambiente mágico. La emoción me embarga al ver cómo todo cobra vida. No importan las circunstancias, actuar siempre llena mi corazón de una manera indescriptible.

—¡Eh! —exclama la amiga de la librera desde el suelo junto al escenario, llamando nuestra atención.

Olivia y Dani se acercan a ella e intercambian algunas palabras que no logro escuchar. La expresiva chica parece estar contándoles algo emocionante. Olivia se contagia rápidamente de su entusiasmo, y su cabello rosa se alborota cuando asiente con alegría.

Cuando regresan, les pregunto de qué iba todo eso.

—Parece que nuestra estancia en este pueblo no será tan aburrida después de todo —canturrea Olivia felizmente.

AURORA

Despierto al susurro lejano de las gaviotas, danzando en la mañana mientras pescan en el mar bajo los primeros rayos del sol. No me apresuro a levantarme; prefiero saborear un poco más la calma que envuelve este momento. Estiro mi cuerpo en la cama y escapo un suspiro placentero; he dormido muy bien. La suavidad de las sábanas acaricia mi piel, y puedo percibir el ligero aroma a salitre que se filtra por la ventana entreabierta. La luz matutina pinta tonalidades cálidas en la habitación, creando un ambiente sereno que invita a demorar el comienzo del día. Me dejo envolver por la paz que se respira, ajena al bullicio cotidiano.

Pero mi tranquila mañana se ve abruptamente interrumpida por el chirriar de la puerta, seguido de los pesados pisotones en las escaleras de madera que llevan al segundo piso, mi refugio matutino. La armonía que había disfrutado momentos antes se desvanece con la llegada tumultuosa de Emma. La puerta se abre como un torbellino, y ella entra en mi habitación con la respiración entrecortada, como si hubiera corrido una maratón.

—¡Sabía que estarías durmiendo todavía! —se queja mi amiga en un tono demasiado alto para mí, a lo que respondo cubriéndome el rostro con la almohada, emitiendo un suspiro resignado.

—No te di las llaves de mi casa para que irrumpieras en mi sueño —replico, mientras la pereza aún me abraza.

—Has olvidado lo de la excursión, ¿verdad? —dice de repente, y un escalofrío de culpabilidad recorre mi espina dorsal.

Efectivamente, lo había olvidado.

—Mierda, perdón —me disculpo, liberando mi rostro de la prisión de la almohada—. Dame un minuto y...

—¡No, no tenemos un minuto! —exclama ella, tirando de mí (o más bien, obligándome) a levantarme.

En menos de cinco minutos, yo ya estoy aseada, vestida y saliendo por la puerta de mi casa. Emma me arrastra calle abajo, en dirección al puerto, con una urgencia palpable en cada paso.

—¿Se puede saber a qué viene tanta prisa? No creo que a Dani le importe esperarnos unos minutos, seguramente ni siquiera habrá llegado todavía —me quejo, observando las pocas tiendas que están abiertas, indicando que la hora aún es temprana.

—No es a Dani a quien me preocupa hacer esperar... —murmura ella en voz baja, aunque lo suficientemente alto para que yo lo escuche.

Eso me hace detenerme en seco. Tengo un mal presentimiento.

—Emma, ¿a quién has invitado?

Ella suspira, girándose para mirarme con ojos cargados de culpa.

—No te enfades —me pide, antes de contármelo.

Momentos más tarde nos encontramos en el puerto, frente al pequeño barco destinado para nuestra excursión. Habitualmente, sentiría una emocionante anticipación al embarcar, pero esta vez es diferente. Dani está allí, acompañado por los invitados de Emma. Los integrantes de Glitch, el grupo que amenizará la velada mañana, aguardan junto al barco, ataviados con ropa de

baño.

Reconozco que es injusto, pues no los conozco realmente, pero las apariencias, con esos tatuajes y piercings, despiertan en mí una inexplicable aversión. Especialmente hacia tal Jett. Algo en su presencia me irrita, quizás su constante intento de entablar conversación conmigo. Además, ¿Jett, en serio? ¿Qué nombre es ese?

Siento un revoltijo en el estómago al percibir su mirada posada en mí. No soy ingenua; sé que está interesado, intentando flirtear. Sin embargo, no tiene posibilidad alguna, y lo único que logra es incrementar mi malestar.

—¡Listo, todos a bordo! —anuncia Emma en un tono más agudo de lo habitual, claramente intentando disminuir la tensión en el aire. Luego, ella se dirige al barco y nos insta al resto a seguirla.

Emma trepa al barco con destreza, dando órdenes y moviéndose como pez en el agua, lo cual es bastante literal en este caso. La embarcación es pequeña pero acogedora, con un aroma a salitre que me reconforta. Dani se une a ella, ayudando con las cuerdas y asegurándose de que todo esté en su sitio.

Mis conocimientos náuticos son limitados, pero navegar no es ajeno para mí. He compartido estas aguas con Emma y Dani en más de una ocasión, y sé cómo manejarme. Me aferro al borde del barco, sintiendo la madera rugosa bajo mis manos. El sol comienza a calentar el aire fresco de la mañana, y los sonidos del puerto se desvanecen a medida que nos alejamos de la costa.

Los chicos de Glitch, en cambio, parecen fuera de lugar. Jake mira a su alrededor con curiosidad, mientras Max toca distraídamente una cuerda invisible en el aire. Olivia sigue a Emma, siguiendo todas sus órdenes. Jett, por otro lado, parece más enfocado en mí que en la navegación. A cada paso que damos, siento su mirada intensa, lo cual me incomoda.

Emma nos da una breve lección sobre cómo ayudar en la navegación. Dani, con su conocimiento experto, se suma a las explicaciones, y pronto estamos en camino. Las velas se llenan de viento, el barco se inclina ligeramente, y la sensación de libertad se apodera de mí.

—Aurora, ven aquí y agárrate a esto —me llama Dani, señalando una cuerda. Sigo sus indicaciones y siento cómo el viento ondea mi cabello mientras ayudamos a guiar el barco. La sensación es electrizante, y por un momento, me olvido de la presencia insistente de Jett.

El mar se extiende ante nosotros, azul y vasto. Puedo sentir la energía del océano debajo de nosotros, y me sumerjo en la belleza de la navegación. La brisa marina acaricia mi rostro, y el sonido rítmico de las olas acompaña nuestras conversaciones esporádicas.

Cerca de mí, noto la presencia cercana de Olivia y Jett, ambos absortos en la magnificencia del mar. Es la primera vez desde que lo vi que Jett no dirige su atención hacia mí. Me sorprende descubrirme aprovechando la oportunidad para observarlo.

Viste ropa apta para el baño, con una camiseta negra que abraza cada contorno de sus músculos fuertes. Su altura imponente destaca mientras observo su pelo negro, sus tatuajes decorando sus brazos y cuello, y la forma en que sus bíceps tensan la tela de la camiseta. La brisa marina despeina algunos mechones rebeldes de su cabello azabache, añadiendo un toque despreocupado a su presencia.

Como si hubiera percibido mi mirada, sus ojos, negros como la noche encuentran los míos y, en un instante, se dibuja una sonrisa en su rostro. El gesto me toma por sorpresa, y una sensación extraña recorre mi cuerpo. Frunzo el ceño y aparto la mirada justo en el momento en que Emma comienza a reproducir música, intentando desviar mi atención hacia las notas vibrantes que llenan el aire.

Emma y Olivia despliegan su propia fiesta en cubierta, moviéndose con gracia al compás de la

música. Dani se deja llevar, balanceándose con su cerveza en mano. Jake y Max hablan entre ellos, uno de los dos, no recuerdo quién es quién, no tiene muy buen aspecto.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto al que se ha puesto un poco pálido, el que lleva barba.

Max, o quizás Jake, me regala una sonrisa forzada.

—Es mi primera vez en el mar. Creo que me está pasando factura —admite.

Rebusco en mi bolsillo y le entrego un paquete de chicles de menta.

—Toma, puedes utilizarlos todos, pasaremos todo el día en el mar —le digo, compadeciéndome de él—. Será mejor que te coloques por ahí, movimiento del barco será menos perceptible. Y te recomiendo que te alejes del alcohol. Y en el peor de los casos... Que no te de corte, échalo todo. Pero, por favor, hazlo fuera del barco, si puedes evitarlo.

El chico de la barba recibe los chicles con una sonrisa, agradecido por el gesto.

—Muchas gracias.

Correspondiendo con otra sonrisa, me vuelvo hacia la celebración. Jett comparte risas y cervezas con Dani. Emma y Olivia continúan su danza contagiosa. Mientras tanto, yo decido que aún necesito unos minutos antes de sumarme a la socialización. Recojo mis gafas de sol y un libro gastado de mi mochila antes de dirigirme a la popa del barco, donde me extiendo sobre una toalla y me sumerjo en las páginas de mi lectura.

No pasa mucho rato hasta que mi tranquilidad se ve interrumpida. Apenas puedo reprimir mi descontento al comprobar que se trata de Jett, cómo no.

—Llevas aquí un buen rato bajo el sol, he pensado que tendrías hambre. El resto se está poniendo las botas —anuncia, instalándose a mi lado con una naturalidad que me irrita.

Me fuerzo a abandonar mi lectura y vuelvo mi atención hacia él. Me tiende un sándwich de pavo y una botella de agua que no tengo más remedio que aceptar.

—Podría haberme hecho cargo de mi propia comida, pero gracias, supongo —digo, forzando un agradecimiento que apenas siento.

El aire se carga de incomodidad, pero Jett persiste en su intento de establecer conexión.

—¿Qué lees? —pregunta, y respiro profundamente antes de responder.

—Cien años de soledad —respondo sin embargo.

Su mirada revela desconcierto, pero luego dice algo que me deja totalmente descolocada.

—Rebeca esperaba el amor a las cuatro de la tarde bordando junto a la ventana. Sabía que la mula del correo no llegaba sino cada quince días, pero ella la esperaba siempre, convencida de que iba a llegar un día cualquiera por equivocación —recita de repente. Lo miro perpleja un momento—. Es uno de mis libros preferidos, lo he leído varias veces.

Me doy cuenta de que lo estoy mirando de forma extraña, con demasiada intensidad. Tengo la boca seca, no sé qué decir. Y no sé por qué me está pasando esto. Jett sonrío de nuevo, sabe que me ha impresionado. Y eso me molesta todavía más. Me levanto y le devuelvo el sándwich que me ha traído. Él me observa sorprendida, con mirada interrogante.

—Soy vegetariana —digo antes de alejarme de él.

El sol se mantiene en lo alto del cielo, esparciendo su calor sobre la cubierta del barco. La música resuena, contagiando la alegría que Emma y Olivia comparten mientras bailan con desenfreno. Dani, con alguna cerveza de más, se ha sumado a su algarabía, y Max, desde su rincón, los observa con una sonrisa cómplice. Jake, con su gesto imperturbable, continúa masticando chicles, ya he recordado quién es quién.

Jett ha regresado a la fiesta, pero a diferencia de antes, se mantiene a una cierta distancia. Aunque sus ojos parecen buscar los míos, respeta la distancia que he establecido.

—¡Vamos a refrescarnos! —propone de repente Dani con entusiasmo, sugiriendo la idea de un

baño. Y, sinceramente, no podría estar más de acuerdo.

La intensidad del calor se cierne sobre nosotros, como una manta pegajosa que parece no tener fin. Aunque la brisa marina intenta aliviar la sensación, es insuficiente para disipar el bochorno que ha invadido cada rincón del barco.

Emma y Olivia, contagiadas por la emoción, asienten con entusiasmo, marcando el inicio de la diversión. Las risas de Dani rompen el aire cuando, sin previo aviso, se despoja de la camiseta y se lanza al mar. Max se acerca para observar, dubitativo y con un deje de temor en su voz.

—¿Es seguro? No habrá tiburones por aquí, ¿verdad? —inquire, su preocupación palpable en sus palabras.

—Lo único peligroso que hay por aquí es Dani —responde Emma con una risa juguetona, despojándose de su ropa para revelar un elegante bikini. Olivia, sin dudar, la imita y salta al agua con ella.

La reticencia de Max se disipa, y se une a la diversión lanzándose al mar. Incluso Jake, que ha recobrado un aspecto más saludable, se aventura en un chapuzón.

En el instante siguiente, me doy cuenta de que solo quedamos Jett y yo en la cubierta. Su mirada, con una media sonrisa desafiante, me reta, como si no creyera que me uniré al juego. Bufo mentalmente, ¿es que nunca se cansa?

Entonces, sin más preámbulos, él se quita la camiseta. La exhibición de su esculpido torso revela músculos fuertes y tensos, decorados con innumerables tatuajes en diversas formas, tamaños y colores. No puedo evitar mirarle. No puedo evitar pensar que, a pesar de la aversión que siento hacia ese tipo de estilo de vida, a pesar de lo mucho que me molesta...

Sacudo la cabeza antes de continuar ese hilo de pensamientos. Me obligo a despegar la vista de él. Con un movimiento rápido, me deshago de mi vestido y me lanzo al agua, sumergiéndome en la refrescante liberación del mar.

El frescor del agua abraza cada poro de mi piel cuando me sumerjo, suministrando un alivio instantáneo a mi sofoco anterior. Bajo la superficie, me deleito unos segundos con la sensación de ingravidez, permitiendo que el mar acaricie cada centímetro de mi ser. Un chapoteo cercano revela que Jett ha saltado también.

Al emerger, me lo encuentro bromeando con Jake mientras juegan como críos intentando ahogarse mutuamente entre provocaciones. Olivia, contagiada por la alegría, me salpica, marcando el inicio de una batalla acuática espontánea. Río tímidamente al devolverle el gesto.

Poco después, nos reincorporamos al barco, exhaustos pero eufóricos por la energía liberada en ese espontáneo despliegue de juegos acuáticos.

Después de la excitación del baño, nos tomamos un merecido descanso para compartir una comida ligera. Las risas y la camaradería llenan el barco mientras disfrutamos de la comida y nos relajamos al sol que ya comienza a descender.

Sentados en diferentes puntos del barco, charlamos distendidamente. Olivia, Emma y Jake comparten anécdotas animadas, Dani y Max intercambian bromas un poco más alejados.

Yo me veo obligada a compartir el rato con mi acosador.

—No creía que fueras capaz de divertirme —menciona él de pronto—. Por un momento pensé que eras una de esas chicas que no despegas la nariz de sus libros.

—¿Me habrías dejado en paz de haber sido así? —inquiero yo con sarcasmo.

Jett se lo piensa un segundo.

—No, la verdad es que no.

Yo respondo un suspiro exasperado.

—¿Se puede pasar por qué tienes tanto interés en mí?

Mi acosador alza una ceja.

—Así que sí que te has dado cuenta.

Pongo los ojos en blanco.

—Por supuesto que me he dado cuenta, lo que parece que no entiendes tú es que estoy intentando ignorarte, pasar de ti. Te estoy rechazando, ¿sabes?

Él sacude la cabeza, su pelo se esparce sobre su frente.

—Pero si no me conoces, no puedes rechazarme todavía —se queja él.

Yo vuelvo a suspirar.

—Pero es que a mí no me interesa conocerte —trato de explicarle—. La única razón por la que estamos manteniendo esta conversación es porque mi amiga me ha hecho una encerrona.

Jett se ríe, inmune a mis constantes rechazos hacia su persona. Empiezo a darme por vencida, comprendo que, durante su estancia, voy a tener que lidiar con él. Sobre todo después de la exitosa excursión, todos parecen muy amigos.

Mis ojos se abren como platos cuando veo a Dani y Max besándose como si no hubiera mañana.

—No me lo puedo creer —me río apartando la mirada y dándome la vuelta para darles intimidad, dejando mis pies colgando por fuera.

Jett los ve también y me imita.

—A veces estas cosas pasan, es algo natural —dice él despreocupado, como si estuviera más que acostumbrado a lidiar con situaciones como esa.

—Puede que para ti lo sea, pero yo no sé si podría en un lugar tan pequeño, rodeado de gente... ¿Dónde está la intimidad? —digo yo, sintiendo cómo me ruborizo de sólo pensarlo.

Jett me mira, yo lo ignoro y sigo con la mirada al frente.

—Hablas como si fueras un experto en el tema —me burlo yo.

Él me dedica una sonrisa de lado.

—Experto no, pero sé lo que es —responde con su mirada clavada en la mía.

Algo me sacude por dentro, mis mejillas se encienden y me sudan las manos. ¿Estaré sufriendo una insolación? Jett se relame los labios, y mi respiración se corta un segundo.

—¡Eh! ¡Vosotros dos! —exclama la voz de Olivia a mi espalda, haciéndome entrar en pánico por un momento— Max, por el amor de Dios. Espérate a llegar al hotel, por lo menos.

Max y Dani se separan sonrientes, ninguno de los dos muestra un ápice de vergüenza.

—Es hora de volver, si no se hará de noche —anuncia Emma.

Me vuelvo hacia Jett una vez más, pero él ya se ha levantado dispuesto a ayudar a recoger. El extraño momento ha pasado, pero a mí todavía me cuesta unos segundos más volver a respirar con normalidad antes de poder unirme al resto.

La noche cae sobre el pueblo, en el restaurante de la plaza donde Emma ha reservado para seguir conociendo a nuestros nuevos amigos, y promete ser una velada llena de encanto.

El ambiente es animado, las calles rebosan vida con las luces brillantes y la música que llena el aire. Las festividades del pueblo están a punto de comenzar, y todo está decorado de manera festiva. Hay una banda local tocando melodías alegres, y la gente, especialmente los mayores, se entrega a los bailes tradicionales de la región.

Me dejo envolver por la atmósfera festiva, contagiándome del buen humor que fluye a mi alrededor. Mientras aplaudo a los bailarines que acaban de concluir su danza, mi acosador vuelve a aparecer.

—Este lugar cobra vida de noche —menciona él, aplaudiendo también.

Asiento con una sonrisa, deleitándome en el ambiente mágico.

—Puede que no parezca gran cosa, pero a mí me encanta este lugar. No podría haber escogido un

mejor lugar para vivir.

Y lo digo en serio. En este lugar tengo todo lo que siempre he querido. Trabajo en una librería, tengo una vida tranquila, amigos valiosos, el mar cerca, una casa para mí sola, y la gente aquí es un amor. Es un buen lugar para crecer y envejecer.

—¿No eres de aquí? —me pregunta Jett sacándome de mi ensimismamiento.

Reprimo una mueca antes de contestar.

—No, pero este rincón es mi hogar. Puedo sentirlo —respondo sin apartar la vista de la escena de bailarines, quienes han retomado la danza con la siguiente canción.

—¿Y de dónde eres? —sigue preguntando él.

—¿De dónde eres? —continúa preguntando.

Un retortijón incómodo me atraviesa al pensar en mi origen distante. No quiero explorar esos recuerdos.

—De un lugar muy lejano al que no pienso volver —respondo.

Por un momento me quedo quieta, estoy revelando demasiado información. Ni siquiera le conozco, ¿por qué tengo que darle explicaciones?

Nos sumimos en un silencio extraño, no incómodo, pero raro.

—Entonces creo que has elegido bien, este sitio no está tan mal después de todo —dice él rompiéndolo. Yo no sé qué contestar, así que guardo silencio, lo que parece que interpreta como una señal para continuar hablando —. Yo todavía no lo he encontrado, ¿sabes? Un hogar. Ahora mismo, mi vida gira entorno a la banda, nuestra música, en llevarla a todas partes. Es mi sueño, y supongo que este estilo de vida no deja espacio para encontrar un hogar.

Me vuelvo por fin hacia él, sorprendida por el arrebato de sinceridad en sus palabras. Tiene la mirada fija en un punto delante de él, aunque estoy segura de que no está mirando nada en concreto. Sus ojos brillan con un brillo especial, puede que sea cosa de las lucecitas colgantes sobre nuestras cabezas, pero aún así algo sincero emana de él. Me sorprende a mí misma recorriendo sus facciones, con esa luz está muy guapo. Los tatuajes apenas me molestan.

Entonces me mira, sus ojos negros se clavan en los míos y yo contengo el aliento. ¿En qué momento durante el transcurso del día se ha vuelto tan atractivo? ¿O es que me he estado negando a ver algo tan evidente? Por un momento, el bullicio de la noche parece desvanecerse a nuestro alrededor. Pero la canción acaba y el público estalla en aplausos. Yo aprovecho la distracción para desviar mi atención y volver a la animada escena nocturna del pueblo.

Apenas volvemos a dirigirnos la palabra durante el resto de la noche.

JETT

La mañana se despliega ante mí en tonos suaves y cálidos cuando abro los ojos en la habitación del hotel. La luz tenue filtra a través de las cortinas entreabiertas, y el suave murmullo del mar flota en el aire. Me estiro, sintiendo la comodidad del colchón, y me levanto con la promesa de un día soleado.

Me encuentro con el grupo en el luminoso comedor del hotel. Olivia y Jake ya están allí, charlando y riendo, pero mi atención no está con ellos. Mi mente vuelve una y otra vez a la noche anterior. No puedo quitarme de la cabeza lo preciosa que estaba la librera y en cómo me miró. Esa mirada... Aunque ella intente negarlo, sé que siente atracción por mí. Me divierto jugando con esa tensión, disfruto del desafío que supone conquistarla. Pero no es suficiente, ya no.

Max baja de su habitación acompañado de Dani, quien parece haber disfrutado tanto como el resto de la velada. Se despide con una sonrisa triunfante y una punzada de envidia me atraviesa. Max no se anda con tonterías, si le gusta alguien va a por ello.

Jake me tira un trozo de tostada a la cara, llamando mi atención y sacándome de mis pensamientos. El resto ríe.

—Espero que estés más animado esta noche —me reprende el mismo.

Yo le respondo tirándole un trozo de piel de mandarina. Olivia nos detiene antes de que comencemos una guerra de comida en medio del comedor.

—No te preocupes, Jett, Aurora estará ahí para vernos —dice de pronto, el grupo ríe de nuevo mientras yo pongo los ojos en blanco.

—Está loca por mí, por supuesto que vendrá —digo inflando mi pecho con orgullo—. ¿Y quién sabe? Tal vez mañana sea ella quien baje esas escaleras —añado, señalando las mismas por las que ha bajado Dani hace un rato.

Olivia pone los ojos en blanco y se cruza de brazos, indignada por mi comentario. Max la imita, aunque no tan molesto. Jake, en cambio, resopla divertido.

—El que está loco eres tú, ¿es que no te das cuenta de que pasa de tu cara?

—Eso ya lo veremos —respondo divertido mientras me meto una uva en la boca.

Estamos inmersos en el bullicio del pueblo, donde los preparativos finales para las fiestas están en pleno apogeo. Aurora, Emma y Dani se afanan por dejar todo impecable, asegurándose de que cada detalle esté en su lugar. La feria, que ha transcurrido durante todo el día, exhibe los productos de los comercios locales, y el pueblo, ahora decorado, adquiere un aire festivo. El escenario, casi listo para recibirnos esta noche, aguarda con una promesa de diversión.

En algún momento nos ofrecimos para ayudar y terminamos todos agotados. Aurora ha pasado el día ocupada en su puesto, y apenas hemos intercambiado palabras. Sin embargo, nuestras miradas se han cruzado en más de una ocasión.

La tarde avanza y la feria cierra sus puertas. Cada comerciante recoge sus pertenencias para volver al día siguiente. Es entonces cuando siento la anticipación en el aire, el momento especial en que las fiestas comienzan.

Emma y Dani nos colocan, según ellos, en el mejor lugar para disfrutarlo. Lo que es, en primera fila, junto a los críos del pueblo. Aurora se une a nosotros en el último momento.

Con una disculpa, se coloca junto a nosotros, de alguna manera termina junto a mí. Justo a tiempo para el primer espectáculo: un festival de fuego.

Inicia su despliegue con la entrada de un dragón marino que exhala llamas mientras pequeños diablillos marinos danzan a su alrededor. Ataviados con trajes resplandecientes y cuernos juguetones, sostienen antorchas que arrojan chispas alrededor, creando un espectáculo fascinante. La brisa marina lleva consigo el olor característico del fuego, mientras los diablillos se contonean al ritmo de la música festiva, sus antorchas dibujando trazos de luz en la oscuridad. La multitud se divide entre aquellos que observan desde la distancia y los más intrépidos que se aventuran más cerca de la acción. Por supuesto, nosotros somos de los intrépidos. Saltamos y reímos alrededor del bullicio. En algún momento, como si fuera cosa del destino, la librera y yo chocamos en medio del caos. La felicidad en su rostro hace que mi corazón se salte un latido y me pregunto si no será así de feliz sólo cuando yo no estoy delante.

El momento cumbre llega con la aparición del dragón marino. Ahora envuelto en llamas, se desliza por las calles, dejando un rastro de chispas que se mezclan con el destello del mar. La multitud estalla en aplausos y vítores, celebrando la culminación de este fascinante despliegue de fuego y luz. Los fuegos artificiales estallan en el cielo, tiñendo la oscuridad de tonos vibrantes, mientras la música suena de fondo.

Sin embargo, no nos quedamos demasiado, pues el concierto está a punto de comenzar. Siento la adrenalina recorrer mis venas como un torrente mientras nos preparamos. Jake, impactante detrás de la batería, Olivia ajustando las cuerdas de su bajo, Max acariciando las teclas del teclado con destreza, y yo afinando mi guitarra con precisión quirúrgica mientras hago gárgaras.

En ese momento, un susurro vibrante se eleva en la penumbra, anunciando que la multitud se está congregando frente al escenario. Cada murmullo se convierte en un eco de expectación, la electricidad en el aire es palpable, y no puedo evitar sentir cómo mi corazón late en sintonía con el zumbido colectivo que envuelve el ambiente.

El momento se precipita como una ráfaga, aunque ya lo hemos vivido mil veces, nuestros cuerpos responden con una sincronización casi automática. Los auriculares conectados nos inundan con la voz firme del equipo técnico, dándonos la señal de que el momento ha llegado. Nos dirigimos hacia el escenario, un ritual que nunca deja de acelerar mi pulso.

Mientras me posiciono frente al micrófono, siento cómo la electricidad en el ambiente se intensifica. Con cada inhalación profunda, preparo mi ser para el vendaval sonoro que estamos a punto de desatar. La guitarra entre mis manos vibra con anticipación, como si también anhelara liberar su energía contenida.

Los focos, en un juego de luces que acaricia la penumbra, aguardan el momento justo para revelar nuestro mundo al público. Respiramos en conjunto, como si el aire mismo vibrara con nuestra música. En ese instante, con un movimiento que solo nosotros entendemos, mis dedos se deslizan sobre las cuerdas de la guitarra.

La explosión sonora es inmediata, una nota conjunta que se eleva desde lo más profundo de nosotros. Los focos, al unísono, estallan en una sinfonía de colores que destellan como estrellas fugaces.

Mis labios se curvan en una sonrisa mientras acerco el micrófono a mis labios. La oscuridad del escenario contrasta con la multitud expectante. Las luces parpadean, y mi voz, cargada de entusiasmo, resuena en la noche.

—¡Buenas noches, Robleblanco!—El público estalla en vítores— ¿Cómo van los ánimos esta

noche?—Obtengo más gritos como respuesta— ¿Estáis listos para Glitch? ¡Quiero oíros! ¡¿Estáis listos?!

El público estalla en aplausos y gritos, una sinfonía de anticipación que llena el aire. Me giro brevemente para sonreírles a mis compañeros, que tienen tantas ganas como yo de empezar. Cuando vuelvo mi atención al público, la veo.

Entre la multitud, donde la oscuridad lucha por devorar la luz, diviso la cabellera pelirroja de Aurora. Su presencia resalta, un faro en la penumbra, y por un instante, el tumulto de gente a su alrededor desvanece.

Los gritos de anticipación se convierten en un rugido ensordecedor que reverbera en el aire y me devuelven a la realidad. Continúo con la introducción, y mientras lo hago, siento el pulso acelerado de la multitud resonar en mis oídos.

Con un gesto decidido, transmito la señal a mis compañeros. Los primeros acordes se deslizan de nuestras cuerdas, una introducción que no solo es fuerte y poderosa, sino también visceral. Cada nota es una descarga de energía contenida, liberada en el escenario en un torbellino de sonidos vibrantes.

Las luces se intensifican, pintando el escenario con tonalidades vibrantes que bailan al compás de nuestra música. Los destellos iluminan momentáneamente el rostro apasionado de Jake, el perfil sereno de Max y la actitud desbordante de Olivia. Todo converge en un crescendo musical, y en ese instante, somos uno con la melodía que fluye y se expande en el aire nocturno.

Haciendo acopio de mi descaro habitual, poso mis ojos en los de la librera. La multitud, aunque bulliciosa, se desvanece en segundo plano cuando nuestras miradas se conectan. Entonces, con una sonrisa traviesa y sin apartar la mirada de ella, empiezo a cantar.

Mi voz se eleva, resonando en el aire como una melodía desafiante. Las palabras fluyen con la misma facilidad con la que el viento acaricia la superficie del mar. La música y las luces bailan en armonía, y mi mirada persistente se encuentra con la suya una y otra vez;estoy cantándole a ella.

Veo su reacción y me deleito con ella, no se esperaba que fuera a cantar, es evidente. Mi voz resuena en cada rincón de su ser, mis palabras penetran en su mente como si estuvieran destinadas exclusivamente para ella. Yo sigo cantando. Cantándole, deleitándome al ver cómo se ensanchan sus pupilas, de cómo separa los labios como si le costara respirar, de cómo se mueve su garganta al tragar saliva. La estoy provocando y está funcionando, y tengo que hacer un gran esfuerzo para no dejar que eso me distraiga.

El concierto avanza y nos entregamos por completo al escenario. Tocamos durante dos horas intensas, apenas tomándonos breves descansos entre canciones. La energía fluye a través de nosotros y se refleja en el público, que no deja de vitorearnos y pedir más.

Al finalizar el set, la multitud no deja de aclamar y pide un bis con entusiasmo. Glitch ha dejado una huella, y eso es evidente en la euforia de los asistentes. Nosotros nos miramos entre sí, sonriendo, compartiendo la satisfacción de haber dado un espectáculo inolvidable.

Finalmente, nos despedimos de nuestro público agradecido y, tras lanzarle un última mirada a Aurora, descendemos del escenario saludando y agradeciendo a todos los que nos rodean. El bullicio de la multitud sigue persistiendo, incluso cuando dejamos el escenario. Es un momento de euforia y éxito, y nos dirigimos hacia el área detrás del escenario, agotados pero llenos de satisfacción.

Un DJ toma el relevo, y la música continúa para mantener la energía de la noche. El pueblo sigue vivo y vibrante. Mientras, nos recuperamos de nuestra actuación. Pero hay una cosa que no deja de rondar mi mente, y es lo mucho que me ha encendido la reacción de la librera durante todo el

concierto.

AURORA

La actuación de Glitch ha sido un torbellino de emociones. Estoy atónita, eufórica, y el zumbido de la música sigue resonando en mi mente. Emma nos lleva, a Dani y a mí, tras el escenario, donde encontramos a Glitch descansando. El ambiente está cargado de adrenalina y emoción.

Entonces, lo veo a él, a Jett. Está todo sudado, el pelo negro pegado a su frente. Bebe agua con avidez, su garganta se mueve con cada trago. Los músculos de sus brazos se marcan con más intensidad debido al esfuerzo con la guitarra. Siento la boca seca de repente, y un calor sofocante se apodera de mí.

Él levanta la mirada y nuestros ojos se encuentran. Su expresión refleja la tensión y el esfuerzo de la actuación, pero también hay un destello de triunfo en su mirada. Recuerdo cómo me ha mirado durante todo el concierto, lo que ha despertado en mí.

Mi corazón late con fuerza, y estoy nerviosa sin saber exactamente por qué.

—¡Chicos, lo habéis hecho genial! —exclama Emma, interrumpiendo el momento. Jett sonrío, pero no puedo apartar la mirada. El efecto de la actuación aún me envuelve, dejándome aturdida y emocionada al mismo tiempo.

Charlamos un poco entre risas y felicitaciones. La adrenalina de la actuación aún flota en el aire, y todos compartimos la sensación de haber vivido algo extraordinario. Decidimos seguir fuera, la noche es joven y la fiesta sigue llamándonos.

Caminamos hacia la zona donde la música sigue vibrando, y la energía de la multitud nos envuelve. Nos mezclamos con el bullicio festivo. La plaza del pueblo está llena de luces parpadeantes, gente bailando y riendo. Varias chicas se acercan a ellos, sobre todo a Jett, para felicitarlos y decirles lo guapos y sexys que son. Jett, en particular, parece disfrutar de la atención, y no puedo evitar rodar los ojos ante su actitud.

Agobiada por el tumulto de gente, decido quedarme a un lado del escenario, un poco detrás de los altavoces para evitar quedar completamente sorda. Necesito un breve respiro del estruendo mientras le doy unos sorbos a mi vaso, disfrutando de algún cóctel del que ya he olvidado el nombre. La mezcla de sabores tropicales y el frío del hielo alivian mi garganta reseca.

Siento una presencia detrás de mí, y antes de que pueda darme la vuelta, una voz suave susurra en mi oído, enviándome un cosquilleo agradable por la espalda.

—Hola, pelirroja —su tono pícaro me hace sonreír sin remedio, aunque me aseguro de que él no lo vea.

—Hola, acosador —respondo, girándome hacia él con el ceño fruncido, como si me fastidiara su presencia—. ¿Dónde están tus grupis? No me digas que las has dejado de lado... —murmuro, fingiendo preocupación.

Él sonrío y yo me obligo a no pensar en lo guapo que está cuando lo hace.

—No me digas que estás celosa —se burla él, a lo que yo respondo alejándome un paso hacia atrás con los ojos en blanco.

—Por favor, ni siquiera eres mi tipo —me defiendo yo, sin poder despegar la mirada de él.

Ha sacado una caja de cigarros del bolsillo de sus pantalones y empieza a encenderlo. Debo admitir que, por mucho que deteste el olor, le da un toque sexy.

—¿No? —dice él divertido dándole una calada al cigarro— ¿Y cuál es tu tipo, si puede saberse? Es para un amigo.

Disimulo muy mal una sonrisa y resoplo para volver a centrarme. Después hago como que me lo pienso en serio.

—Pues, me gustan guapos, pelo rubio, ojos azules... —comienzo, viendo su reacción— Y sobre todo, que no fumen. Detesto el olor, mucho más el sabor —agrego.

Él se sobresalta ligeramente, luego apaga el cigarrillo y lo pisa con fuerza. Después, toma mi vaso y le da un largo trago antes de devolvérmelo vacío.

Yo lo observo con curiosidad.

—No seré rubio ni tendré los ojos azules, pero al menos ya no fumo y guapo soy un rato. Además, soy el vocalista y guitarrista de un grupo de rock. Eso tiene que darme puntos extra —dice con una sonrisa traviesa, y no puedo evitar soltar una risa ante su ocurrencia.

Entonces lo noto, la energía vibrante de la noche y la música envolvente parecen haber desdibujado mis límites.

Me doy cuenta de que estamos más cerca el uno del otro, como si la distancia se hubiera reducido misteriosamente. La proximidad de su cuerpo al mío me provoca un escalofrío, y mi mente, atribuyendo el efecto al alcohol, trata de desviar la atención de esa sensación embriagadora.

—¿Puedo invitarte a una copa? Y antes de que te niegues: me lo debes.

Abro los ojos como platos.

—¿Perdona? Yo no te debo nada —digo volviendo a ponerme a la defensiva, aunque tal vez un poco menos de lo habitual.

Esta vez es él quien se hace el sorprendido por mi respuesta.

—¿Cómo que no? He dejado de fumar por ti.

Lo miro con cejas levantadas, incrédula por lo que me está diciendo.

—Oh, ¿de verdad? ¿Has hecho eso por mí? —cuestiono fingiendo estar impresionada.

Él responde con una sonrisa pícaro y asiente con complicidad. Después se inclina ligeramente hacia mí, su aliento cálido acariciando mi piel. A pesar del bullicio que nos rodea, su voz llega a mis oídos de una manera íntima, como un susurro secreto.

—Por supuesto. No fumar es un pequeño sacrificio si eso significa compartir una copa contigo.

Trago saliva con dificultad y él me toma de la mano para guiarme de nuevo hacia la fiesta. Ni siquiera me resisto, me dedico a estrechársela con fuerza en un intento de no perderme en medio del gentío mientras me lleva.

Mientras esperamos nuestras copas seguimos charlando, riendo y picándonos. Y seguimos haciéndolo con ellas ya en mano. Tanteamos sin descaro y yo me dejo llevar por la situación.

En algún momento, Jett me saca a bailar. Siento sus manos recorrer todo mi cuerpo, explorando con delicadeza las zonas que mi ropa deja descubiertas, pero siempre respetando los límites. Mis brazos rodean su cuello mientras bailamos, nuestros cuerpos pegados. Él me rodea la cintura con firmeza, y estamos tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su cuerpo. La música nos envuelve y yo solo puedo pensar en los fuertes brazos que me sujetan. En la voz raspada pero preciosa que tiene cuando canta. En lo guapo que está incluso después de un concierto agotador. Nuestros ojos se encuentran de nuevo durante nuestra danza, la tensión es un tira y afloja constante. Nos tentamos mutuamente, pero nos retiramos cuando parece que estamos a punto de cruzar límites peligrosos.

Pero ahora... ahora mi cuerpo ya está ardiendo. Y aunque intento culpar al alcohol por mi acaloramiento, sé que la verdadera fuente de calor está en la proximidad de Jett.

La música nos arrastra en su ritmo frenético, bailamos tan cerca que el espacio entre nosotros se desvanece, y la proximidad de Jett es abrumadora. Cierro los ojos por un momento, dejándome llevar por la melodía y por la cercanía casi magnética entre nosotros.

Cuando vuelvo a abrirlos, nuestras miradas se encuentran de nuevo, y sé que no soy la única sintiendo la corriente eléctrica que fluye entre nosotros. La música se vuelve más intensa, y en un instante, siento la yema de sus dedos deslizándose suavemente por mi hombro. Un escalofrío recorre mi espina dorsal, y la piel se eriza con la caricia inesperada. La tensión se vuelve insostenible, como si el simple roce hubiera encendido una chispa entre nosotros.

Jett ya no sonrío, tiene la mirada oscurecida y sus ojos se deslizan hacia mis labios, y la tensión en el aire se vuelve más densa. Mis ojos se posan en los suyos, sus labios entreabiertos me invitan a algo que parece inevitable. Me muerdo el labio inferior, incapaz de contener la respuesta a su mirada. En ese momento, la música y el bullicio de la fiesta desaparecen, y solo existen Jett y sus bonitos y tentadores labios.

La música envolvente, los destellos de luces y la energía palpable entre nosotros crean un escenario perfecto. La tensión es casi tangible cuando, finalmente, nuestros labios están a punto de tocarse. Yo cierro los ojos y contengo el aliento con anticipación, todo mi cuerpo vibra contenido. Pero entonces Jett, con su mirada intensa, rompe el silencio.

—Quiero besarte, pero no lo haré hasta que me lo pidas —dice, su voz es un susurro cargado de deseo, su rostro todavía muy cerca del mío.

Abro los ojos, perpleja por un momento. ¿En serio ahora quiere mi consentimiento? ¿Después del constante y descarado tonto de estos dos días?

—No quiero malentendidos. Necesito oírlo de tus labios —agrega Jett antes de que yo pueda responder, sus ojos buscando los míos con ansias.

Reflexiono un momento, posiblemente sea por algo legal debido a su estilo de vida. No me importa, de hecho me parece perfecto que necesite consentimiento de una persona antes de hacer ningún movimiento. Pero, ¿de verdad tengo que pedirselo? Iba dejar que me besara sin ningún tipo de recato, pero tener que pedirselo yo era completamente diferente, ¿cierto? Es decir, Jett es todo lo contrario a lo que busco en una persona. Y aún así... Aún así siento una atracción hacia él como nunca antes la había sentido.

Decido que quiero besarle, y si para conseguirlo tengo que pedirselo... Respiro entrecortadamente antes de hablar:

—Bésame —le pido con voz suave pero firme.

Entonces, Jett no duda más. Sus labios encuentran los míos en un beso que es fuego y electricidad, una explosión de emociones contenidas durante demasiado tiempo. La música de fondo parece adaptarse a nuestro propio ritmo, y en ese beso, nos sumergimos en un mundo donde solo existimos él y yo.

Las manos de Jett encuentran con delicadeza su camino hacia mi cintura, mientras las mías se enredan en su cabello oscuro y nos sumergimos aún más profundamente en el beso.

Decidimos abandonar la fiesta, ya hemos tenido suficiente. Nos perdemos entre las callejuelas iluminadas, compartiendo risas y besos que no hacen más que avivar el deseo.

Lo conduzco hasta mi casa, todo un logro puesto que parecemos incapaces de quitarnos las manos de encima.

—¿Vives aquí? ¿Sola? —dice él sorprendido, se ha separado de mis labios sólo para admirar la casa que se alza frente a él.

Yo me encojo de hombros y abro la puertecita que da paso al jardín de la entrada.

—Es un pueblo, aquí las casas no son tan caras —explico, abriendo ya la puerta principal de la

casa. Lo observo sonriendo de lado, tiene los labios hinchados a causa de nuestros besos—
¿Vienes?

Jett se muerde el labio antes de comenzar a andar.

—Por supuesto.

Me alza del suelo nada más entrar por la puerta, yo le rodeo con las piernas la cintura y nuestros labios se encuentran de nuevo. A duras penas cerramos la puerta, donde me apoya de espaldas mientras me besa el cuello. No me molesto en reprimir un gemido que sale de mi garganta, dejándome llevar por la intensidad del momento.

—Necesito que me digas dónde está tu habitación —me pide con los labios apretados, por una vez he sido yo quien le ha sacado una reacción.

Señalo las escaleras de madera al final del pasillo.

—Primera habitación a la derecha —explico.

Él se queja ante la idea de tener que subir escaleras y mi carcajada resuena en el pasillo. Me bajo entonces de él y comienzo a quitarle la camiseta. Él me deja hacerlo sin ofrecer resistencia y entonces admiro su torso desnudo.

Dios, está buenísimo.

Le cojo de la mano y lo guío escaleras arriba, hacia mi habitación, donde la luna filtra su luz a través de las cortinas entreabiertas. Nos detenemos un instante, nuestros ojos se encuentran en medio de la brisa suave que acaricia mi piel. ¿Estoy nerviosa? Por supuesto que lo estoy. La tensión flota en el aire, pero Jett rompe la incomodidad acercándose a mí.

Sus caricias recorren mi rostro, pelo y brazos. Desliza sus manos por mi vestido corto y, cuando llega al final, agarra la tela y tira de ella para arriba. Yo le ayudo a deshacerse de él y un gruñido apreciativo escapa de su garganta cuando me ve.

—Sabía que no llevabas sujetador —comenta con diversión, su mirada intensa recorriendo mis pechos desnudos.

Yo pongo los ojos en blanco y mis manos se dirigen hacia el cinturón de sus pantalones, lo obligo a acercarse a mí de nuevo y comienzo a desabrocharlo. Ya puedo sentir su dureza a través de la tela, así que me doy más prisa.

Jett me toma en volandas cuando sus pantalones están ya por el suelo, colocándome sobre él en el borde de la cama, y la tensión entre nosotros se intensifica al sentir su erección palpar a través de la tela que nos separa. Yo me muerdo el labio con expectación, parece muy grande.

Volvemos a besarnos, su lengua entra en mi boca y pelea con la mía por el control. Tiene un piercing en la lengua que lo hace todo mucho más divertido. La temperatura sube en la habitación al mismo tiempo que siento cómo se humedece mi entrepierna. Entonces él desliza una mano y empieza a acariciarme. Primero por encima de la fina tela, pero enseguida la hace a un lado para tocarme mejor. Yo me aferro a él, tratando de no caerme al suelo por las convulsiones de mi cuerpo. Entonces desliza un dedo en mi interior y yo me tapo la boca para no gemir cuando empieza a moverlo.

Apenas puedo pensar, pero una de mis manos aparece en su entrepierna para acariciar el bulto. Los calzoncillos parecen estar a punto de reventar a causa de la tensión, así que decido liberarlo y... me quedo sin aliento ante su magnitud. Es imponente, cada vena palpita con fuerza y la rigidez me deja anticipando lo que está por venir. Mientras continúa explorándome con sus hábiles dedos, yo no puedo evitar acariciar su extensión con admiración, sintiendo cada pulso y textura bajo mis manos.

—Joder, pelirroja —gruñe contra mi cuello.

Me pide que me detenga y saca un preservativo que ni siquiera me he dado cuenta de que ha

cogido. Lo desenrolla con destreza sobre su miembro palpitante, y vuelve a besarme con pasión. Me levanta un poco, y sin necesidad de quitarme la ropa interior, se hunde dentro de mí. Despacio, muy despacio, permitiéndome adaptarme a su tamaño. Yo me aferro a él temblando de placer.

—Creo que voy a moverme ahora —le digo en apenas un susurro.

Él asiente con la cabeza desesperado.

—Creo que esa es una gran idea.

Comienzo a moverme sobre él con lentitud, sintiendo cada centímetro de su intimidad llenándose por completo. Jett aprieta los labios, todo su cuerpo en tensión mientras me sostiene. Puedo ver la lucha en su rostro, la necesidad de dejarse llevar pero también el deseo de disfrutar cada momento.

Jett comienza a moverse también, sincronizando sus movimientos con los míos. La habitación se llena de susurros y la tensión se eleva a un nuevo nivel.

Joder, se siente tan bien.

En un instante de sorpresa y éxtasis, mi cuerpo culmina en una explosión de placer que me toma por sorpresa. La sensación es abrumadora y, por un momento, pierdo la noción del tiempo y el espacio. Jett aumenta la intensidad de sus movimientos para ayudarme a disfrutarlo y yo sólo puedo gritar su nombre.

Me aferro a él, mi respiración agitada mezclándose con la suya. Y finalmente me derrumbo sobre él, mi cuerpo totalmente agotado.

Jett, con su miembro todavía más erecto que antes dentro de mí me acaricia el pelo.

—¿Quieres que lo dejemos estar? —me pregunta con una calidez que me sorprende.

Yo consigo recomponerme y me vuelvo a erguir para mirarlo. Es tan guapo.

—No, no, quiero seguir.

Con un beso apasionado, silencio cualquier duda que pueda haber. Jett me coloca boca arriba sobre la cama, sin salir de mi interior, y el placer se intensifica.

Mis piernas le rodean, y mis manos se enredan en su pelo. Cada movimiento suyo es un torbellino de sensaciones que recorren mi cuerpo, creando una sinfonía de suspiros, gemidos y gritos de placer.

Jett se mueve con una destreza que me hace perder la noción de todo lo que no sea el calor compartido y los susurros entrecortados. Mis manos exploran su espalda, sus hombros, buscando la cercanía que nos mantiene unidos.

Y entonces, en medio de esta sinfonía de placer, alcanzo el clímax una vez más. Una ola de sensaciones me envuelve, y mi cuerpo se estremece en un éxtasis que me consume por completo. Gimo su nombre en un susurro ahogado, y mi corazón late con fuerza, marcando el ritmo de este momento compartido.

Aunque mi cuerpo se relaja después del clímax, Jett sigue moviéndose con determinación, llevándonos a ambos hacia el punto culminante de su propio placer. Un suspiro ronco escapa de sus labios mientras su cuerpo se estremece, y puedo sentir la liberación de la tensión acumulada. Finalmente se separa de mí con una sonrisa satisfecha. Se desliza fuera de la cama y se encamina hacia el baño para limpiarse. El sonido del agua corriendo indica que está haciendo lo suyo mientras yo me acomodo en las sábanas, sintiendo la cálida resaca de placer que aún me envuelve.

Al regresar, Jett me ofrece una toalla húmeda, y con gentileza, comienza a limpiarme. Nuestras miradas se cruzan en silencio mientras él realiza la tarea.

—Dos veces... —comenta Jett con una sonrisa juguetona—. No he conocido a muchas que

puedan correrse dos veces.

Mi risa escapa antes de que pueda contenerla, y le respondo con una expresión traviesa:

—Ni siquiera yo sabía que podía hacerlo —digo satisfecha.

Jett se levanta para dejar la toalla y no puedo evitar apreciar el juego de sus músculos bajo la piel. La luz tenue de la lámpara de noche resalta sus tatuajes, añadiendo un toque de misterio a su figura. Luego vuelve a la cama conmigo. Me acaricia un pecho para luego besarlo y lamerlo. Yo cierro los ojos un momento, disfrutando de la sensación.

—¿Crees que podrías hacerlo una tercera vez? —me pregunta con una mirada juguetona, mi pecho todavía en su boca.

Yo trago saliva antes de contestar.

—No lo sé, ¿quieres averiguarlo? —propongo yo sintiendo cómo vuelvo a humedecerme.

La sonrisa de Jett se ensancha, pero en lugar de continuar, se aparta de mi pecho con una sugerente pausa.

—Pero antes, necesito comer algo —añade, con un brillo travieso en los ojos.

JETT

No hay descanso, solo un fluir continuo de sensaciones que se desbordan en la habitación. Cada rincón de la casa ha sido testigo de nuestra entrega apasionada, y los ecos de nuestros gemidos resuenan en las paredes. El amanecer, tímidamente filtrándose por las cortinas, nos encuentra inmersos en un éxtasis que ha eclipsado la necesidad de sueño.

Ahora, con la luz del nuevo día pintando el horizonte, Aurora está sobre mí, cabalgándome con una pasión inagotable. Su cuerpo se mece en armonía con los suspiros y los latidos que llenan la habitación. El calor entre nosotros es un fuego ardiente que no se apaga. Parece que no importa cuántas veces hayamos explorado los límites del placer, ninguno de los dos puede saciarse.

Mis manos exploran su piel con la misma devoción que la primera vez, y sus labios encuentran los míos en besos que no conocen límites. El vaivén de sus caderas es una danza hipnotizante que me absorbe por completo y yo sólo puedo aferrarme a ella, a sus caderas, y rezar para que no sea mi perdición. Aunque cada parte de mí anhela que sea así.

Aurora sigue moviéndose sobre mí, volviéndome completamente loco. Estoy a punto de correrme, lo siento tan cerca... cuando alguien llama al timbre. Los movimientos de la librera se vuelven más lentos, prestando atención aunque no deja de moverse. Me quejo con un gruñido y me incorporo hasta quedar sentado mientras sostengo ese precioso trasero.

El timbre vuelve a sonar, y yo vuelvo a gruñir cuando ella hace un movimiento con sus caderas que permite que la penetre más profundamente.

—¡Aurora! —exclama la voz de Emma desde fuera. Reconozco su tono. —Sé que estás ahí dentro. ¡Llegas tarde a la feria! ¡No me hagas usar mis llaves! —amenaza.

—Mierda —dice Aurora al comprobar en el reloj de su mesilla que, efectivamente, llega tarde.

Yo vuelvo a gruñir bajo sus movimientos, que no ha detenido en un solo momento, haciéndome a la idea de que la sesión ha terminado. Pero antes de que pueda intentar apartarla de mí, ella aumenta la velocidad de sus movimientos. La miro sin comprender, aunque no puedo evitar moverme con ella.

—Tenemos que darnos prisa —dice simplemente ella.

Como respuesta, estrujo su trasero y la acerco más a mí, acompasando mis embestidas con sus movimientos, penetrándola lo más profundamente posible. Ella se tapa la boca mientras gime, intentando no ser escuchada por su amiga que la espera fuera.

—¡Aurora! —vuelve a llamarla desde fuera.

Pero Aurora está completamente perdida en su placer, está cerca del clímax. No sé cuántas veces se ha corrido esta noche, pero está a punto de hacerlo otra vez. Eso hace que yo también esté muy cerca. Incremento mis embestidas, cada vez más rápidas, más profundas, y ella deja de moverse. No puede.

—Ah, Jett —gime en mi oído—. No pares, por favor.

Y no lo hago, sigo penetrándola con fuerza hasta que siento cómo sus paredes se contraen alrededor de mi miembro mientras grita mi nombre contra mi piel, en un intento de pasar desapercibida.

—¡De acuerdo, voy a entrar! ¡Tú me has obligado! —anuncia Emma.

Mierda, ahora no puedo parar. Sigo embistiéndola, haciéndola gemir. Su cuerpo está completamente flácido después del clímax y yo estoy muy cerca. Oigo las llaves abrir la puerta principal, pero a mí me queda muy poco. La puerta se cierra y Emma vuelve a llamar a su amiga, que ahora solo sabe gemir mi nombre mientras sigo penetrándola. Ya casi estoy.

Escucho cómo Emma empieza a subir las escaleras. Y entonces me corro. Ahogo un gemido mordiéndole el hombro mientras expulso toda la tensión en su interior. El preservativo se llena por completo y, por un momento, temo rebosarlo.

Aurora se levanta de un salto, se pone una camiseta y sale de la habitación justo antes de que Emma entre, pillándonos todavía enlazados. La pelirroja cierra la puerta lo justo para que no pueda verme desde fuera, lo cual es mejor, porque no tengo fuerzas para moverme. Intercambian palabras que no logro escuchar, mis oídos zumban por el reciente orgasmo.

Unos momentos más tarde, Aurora regresa sola a la habitación. Se acerca a mí y me besa lentamente en los labios. Después, me tira la ropa a la cara.

—Vístete, tenemos que irnos —anuncia en un susurro mientras se dirige al baño para asearse rápidamente. Sale completamente vestida y con un aspecto encantador, como si no hubiéramos estado follando toda la noche—. Emma me espera abajo, así que no puedes salir conmigo. Tendrás que esperar a que nos vayamos. Hay una copia de las llaves en la encimera de la cocina. Devuélvemelas más tarde. Pero sé discreto, ¿quieres?

La miro con los ojos entornados.

—¿Te da vergüenza que la gente sepa lo que has estado haciendo esta noche? —me burlo de ella, pero algo en su mirada me dice que no es el momento—. Está bien, seré discreto.

—Gracias —dice ella, luego se acerca a mí dubitativa—. Y, bueno, esto ha sido...

La interrumpo besándola con lengua. No importa cuántas veces lo haya hecho, besarla es lo único que quiero hacer.

—Increíble, lo sé —digo yo, terminando su frase.

Ella pone los ojos en blanco y me da un empujoncito antes de salir por la puerta de su habitación.

—Nos vemos —me despido antes de que me cierre la puerta en las narices.

Me quedo solo en la casa de Aurora mientras ella se apresura a reunirse con su amiga. La habitación, antes llena de pasión desenfadada, se convierte en un remanso de tranquilidad. Mis sentidos aún zumban con la intensidad de lo que acabamos de compartir, pero ahora me sumerjo en la calma que emana de este lugar.

Recorro la casa con la mirada, admirando la sencillez y la calidez que la caracterizan. Es diferente a cualquier otro sitio que haya llamado "hogar". No sé cómo Aurora ha logrado crear un refugio tan acogedor, pero me doy cuenta de que esta casa es especial. Comprendo perfectamente qué la llevó a elegir Robleblanco para vivir. Su elección cobra sentido ahora, la paz que se respira aquí es única.

Cautamente, me aventuro a curiosear un poco. No quiero invadir su privacidad, solo intento entenderla un poco más. Paseo por el pasillo, notando detalles que revelan su personalidad. Cuadros que narran historias, pequeños detalles que cuentan de sus gustos. Esta casa es como un libro abierto, y aunque solo hojeo las páginas, siento una conexión especial con este espacio.

Llego a la cocina y mi mirada se posa en las llaves que Aurora me ha indicado. Las cojo y las examino por un momento, intrigado por la confianza depositada en mí, incluso después de solo una noche. Me pregunto qué significado tiene para ella este gesto.

Decido probar una manzana que encuentro en la encimera. La frescura y dulzura son un contraste agradable con la intensidad previa. Mientras disfruto de la fruta, mi mente vuela. Pienso en Aurora y en lo enigmática que resulta. Había algo en su voz cuando mencionó su pasado, una

sombra que oscurecía sus ojos aunque no entrara en detalles. Me pregunto qué la llevó a elegir esta vida, qué es lo que dejó atrás.

Mastico la manzana mientras la casa me abraza con su serenidad. No puedo evitar cuestionarme cómo alguien tan aparentemente tranquila pudo haber experimentado una infancia difícil. Aurora no parece de esas personas que revela fácilmente sus secretos, pero esa es parte de su encanto, ¿no?

Termino la manzana y dejo el corazón en la basura, asegurándome de no dejar rastro de mi presencia. Me despido silenciosamente de este refugio, llevándome conmigo las llaves. El roble blanco en la entrada me despide mientras cierro la puerta tras de mí, preguntándome cuánto más descubriré sobre Aurora y sobre este lugar que ella llama hogar.

Regreso al hotel en las primeras luces del día, con el eco de la noche aún resonando en mis oídos. Mis compañeros duermen profundamente, ajenos a mi retorno. Me deslizo con sigilo hacia la habitación, sorteando los obstáculos con la maestría de alguien acostumbrado a moverse en la penumbra.

Encierro mis recuerdos y el calor de la noche en el baño, necesitando desesperadamente una ducha para limpiar tanto mi cuerpo como mi mente. El agua caliente me envuelve, y dejo que los pensamientos fluyan por el desagüe, al menos temporalmente.

Cuando salgo del baño, mis compañeros comienzan a despertarse, sus rostros aún marcados por el sueño y la satisfacción de la actuación de anoche. Proponen bajar al restaurante del hotel para desayunar, una idea que encuentro perfecta para recargar energías después de la intensa velada.

En el desayuno, entre sorbos de café y mordiscos a la tostada, mis compañeros notan mi ausencia durante la última parte de la noche. Sus ojos entrecerrados y somnolientos se posan en mí, y me interrogan sobre mi paradero. Estoy a punto de revelarles la fuente de mi felicidad, pero el peso de las llaves de la casa de Aurora en mi bolsillo me recuerda mi promesa de discreción.

Decido no revelar los detalles, optando por una explicación vaga sobre haber tenido suerte con una de las fanáticas que me siguió. La conversación se disuelve, y yo respiro aliviado. No estoy seguro de poder seguir ocultándolo si me siguen preguntando al respecto.

Con unos días libres por delante, el grupo y yo nos aventuramos por el pueblo. Las fiestas continúan con su bullicio y vitalidad. Las paradas locales ya están en pleno apogeo, y la plaza está viva con la música de una banda y la danza de la gente. Observo a Aurora entre la multitud, vendiendo sus libros con una sonrisa radiante.

A pesar de la falta de sueño, su belleza resplandece. Ha recogido su pelirrojo cabello en un desenfadado moño, y los rizos rebeldes caen graciosamente sobre su rostro. No puedo evitar preguntarme si esa luminosidad se debe en parte a nuestros encuentros de la última noche.

No puedo evitarlo, me acerco a ella. Con las llaves en la mano como excusa, avanzo decidido entre la multitud hasta llegar a donde vende sus libros. Espero el momento oportuno, cuando no hay nadie cerca que pueda prestar demasiada atención.

—Hola, pelirroja —saludo con una sonrisa juguetona, tratando de aligerar el ambiente.

Ella me mira con sorpresa, y por un instante, veo un destello de nerviosismo en sus ojos. Le entrego las llaves con rapidez, pero antes de que pueda retirar la mano, ella las toma con decisión y las guarda con disimulo en su bolso.

—Gracias, no quería haberme ido así hoy pero...

—Oh, no es molestia. De hecho, podría acostumbrarme a tener acceso directo a tu morada —bromeo, dejando que mi tono coquette con la idea.

Ella levanta una ceja con una expresión entre divertida y escéptica.

—Eso suena a invasión de la privacidad, Jett —me dice Aurora, con un tono entre divertido y

serio, mientras organiza sus libros por tercera vez desde mi llegada. Se percibe una ligera tensión en el aire, pero no puedo evitar sonreír ante la idea de ponerla nerviosa.

—Bueno, soy tu acosador, ¿recuerdas? —respondo con tono juguetón, manteniendo la complicidad entre nosotros.

Ella pone los ojos en blanco y continúa con su tarea. Decido intensificar un poco el juego.

—¿Sabes? No puedo dejar de pensar en lo de anoche, ¿o debería decir, en lo de hace unas horas?

—comento con una sonrisa traviesa

Aurora abre los ojos como platos y sus mejillas se tiñen de un rubor encantador. Antes de que pueda reaccionar, me atiza en el hombro con uno de sus libros.

—¿Se puede saber qué haces? —me reprende ella con nerviosismo.

Yo me encojo de hombros, pero antes de que podamos seguir la conversación, aparece Dani cargado de libros. Me mira de arriba abajo y me saluda con desdén. Empiezo a comprender que no actúa así porque no le caiga bien, es su forma de ser. Dani es así con todo el mundo.

—¿Dónde quieres que los ponga? —pregunta Dani a Aurora, ignorándome por completo.

Ella señala un espacio casi vacío en medio de la mesa. Sea lo que sea que estén vendiendo, parece tener mucho éxito. Intento buscar excusas para prolongar la charla.

—¿No te da vergüenza aprovecharte de tus amigos para hacer el trabajo pesado? —pregunto con diversión.

Aurora, ocupada con los libros, se mueve distraída, como si intentara ignorarme.

—Dani trabaja para mí, a él le pago por ayudarme —responde ella, como si fuera la respuesta más obvia del mundo. Miro a Dani, sorprendido. Cualquiera lo diría, parece que todo lo que hace le fastidia—. Aunque cobraría más si dejara de quejarse por cada cosa que le pido —dice, como si hubiera adivinado mis pensamientos.

—Nunca me dijiste que me utilizarías para mover las cargas pesadas cuando me contrataste —se queja él al oírla.

—Da gracias que decidí contratarte —dice ella con los ojos entrecerrados. Después le sonríe y le guiña un ojo. Dani le devuelve el gesto con cariño.

Yo sacudo la cabeza ante la extraña interacción, aunque supongo que mis amigos y yo no somos tan diferentes. Siempre nos estamos molestando los unos a los otros, pero eso no quiere decir que no nos queramos... a nuestra manera.

—Sabes, yo podría ayudarte... y gratis —le digo guiñando un ojo, imitando su interacción con Dani.

Ella me mira de arriba abajo, cruzándose de brazos con expresión evaluadora. No sé por qué, pero ese gesto enciende algo en mí, y debo hacer un esfuerzo para no dejar que mis pensamientos divaguen.

—De acuerdo, acosador. ¿Quieres ayudar? —dice finalmente con una sonrisa que me inquieta—. ¿Ves esas cajas de allí? —señala con un gesto elegante una docena de cajas repletas de libros, su peso evidente incluso a la distancia—. Hay que llevarlas de vuelta a la librería.

La miro brevemente.

—¿Va en serio?

Ella asiente.

—Muy en serio.

De acuerdo, acepto el desafío.

Aurora me lanza una mirada entre divertida y desafiante mientras me dirijo hacia las cajas. Dani, con un gesto de cansancio, decide tomarse un descanso y se queda a ayudarla con las ventas. Por lo que me quedo solo.

Con esfuerzo, levanto las cajas, sintiendo el peso en mis brazos. El trayecto corto se siente más largo bajo el sol crepuscular, cada paso me recuerda la resaca de la noche anterior, pero mantengo la compostura. Cada vez que retorno por otra caja, Aurora me sigue con la mirada atenta a mis torpes movimientos, esperando la oportunidad de, probablemente, reírse de mi pésimo estado actual. No le daré esa satisfacción.

Es casi mediodía deposito el pesado fardo en el suelo de la librería, junto a las muchas otras. Suelto un suspiro de alivio disimulado, sintiendo el cansancio en mis brazos y piernas. Cuando me vuelvo, me la encuentro allí plantada, observándome con una expresión divertida.

—Ahora entiendo por qué no tenéis gimnasios en este pueblo —digo entre jadeos mal disimulados, intentando recuperar el aliento.

Ella suelta una risa ligera ante mi comentario y se acerca para inspeccionar el estado de las cajas. Luego, con un gesto casual, señala una esquina donde descansa una carretilla de metal.

—Podrías haberla utilizado, te hubiera resultado bastante más sencillo y hubieras tardado la mitad de tiempo.

Me muerdo el labio entre divertido y exasperado.

—Podrías habérmelo dicho antes —me quejo con una sonrisa cansada.

Ella se encoge de hombros con un toque de picardía.

—Creí que te darías cuenta tras traer la primera caja —dice, luego sonrío de nuevo—. Pero confieso que así ha sido mucho más divertido.

Observo la carretilla y luego a ella con una mirada que combina incredulidad y admiración.

—Eres retorcida —digo.

—Eso te pasa por pesado.

Hago un gesto de ofendido mientras me acerco a ella.

—¿Es así como tratas a tu polvo de una noche? —inquiero, fingiendo estar dolido.

Aurora deja de sonreír, y ya puedo notar su sonrojo.

—Jett...

—No esperaba que me recibieras con flores y poemas, pero creí que después del alucinante sexo que tuvimos, al menos dejarías de odiarme —digo, notando que se me ha escapado algo de verdad.

Ella parece turbada, como si estuviera teniendo una conversación consigo misma en su mente.

—No te odio —dice, apenas capaz de mirarme a la cara.

—¿De verdad? Porque desde que he llegado no has hecho otra cosa que despreciarme. Dejé pasar por alto cómo me echaste de aquí el primer día. Me juzgaste por mis tatuajes y piercings, y lo sigues haciendo. Lo cual es bastante intrigante, teniendo en cuenta lo mucho que parecía gustarte lo que te hice en la cama.

El rostro de Aurora parece estar a punto de arder en llamas. Y no estoy seguro de si es de vergüenza o rabia. Me doy cuenta de que yo también estoy enfurecido, aunque no comprendo por qué. Nunca antes me había importado demasiado lo que pensarán de mí. Pero hay algo en el comportamiento de Aurora que me descoloca, no la comprendo y siento la necesidad de hacerlo.

—No te odio —repite ella, con el ceño fruncido y su mirada soltando chispas—. No es... personal. Yo... No puedo evitarlo, ¿de acuerdo?

La miro con incredulidad. ¿De qué demonios está hablando?

—¿No puedes evitar sentir repulsión hacia mí? Debías estar muy borracha anoche entonces para dejar que...

Ella me detiene antes de que pueda terminar la frase.

—No es por ti, no del todo —se corrige. Hace una pausa, como si estuviera intentando encontrar

las palabras correctas—. Es por... los tatuajes. Es tu aspecto, no lo puedo evitar. No me gusta la gente con tu aspecto.

De acuerdo, esto tiene todavía menos sentido. Estoy a punto de darme la vuelta y marcharme, sintiéndome ofendido de verdad. Cuando ella me detiene al continuar con su explicación:

—En mi vida pasada, la gente con tatuajes y piercings no traía nada bueno. Su aspecto me recuerda a todo lo malo que he dejado atrás. —No ahonda en detalles, pero la sombra de su pasado se refleja en sus ojos—. Comencé de nuevo aquí, en Robleblanco, para alejarme de todo eso.

Las piezas del rompecabezas empiezan a encajar. Por primera vez, entiendo un poco más sobre la mujer frente a mí. Sin embargo, hay algo en sus palabras que me hace pensar que hay más en su historia.

—No sé qué es lo que tanto miedo te da de mí, Aurora, pero te aseguro que no soy así. Sea lo que sea de lo que estás huyendo, conmigo no tienes que preocuparte.

Ella asiente, como reconociendo la lógica de mis palabras, pero también me dice que es consciente de que su reacción es irracional.

—Lo sé. Es una tontería, pero no puedo evitarlo.

Quiero entenderla mejor, así que decido abordar el tema de anoche, ese momento compartido que aún flota entre nosotros.

—¿Y sobre lo de anoche? —pregunto con cautela—. ¿Cómo ocurrió?

Aurora parece reflexionar por un momento antes de responder.

—Supongo que estaba demasiado relajada por el alcohol. Eso me permitió traspasar mis propios prejuicios.

La observo brevemente, está avergonzada. Una punzada atraviesa mi estómago ante la duda que se ha comenzado a formar desde esta mañana. ¿Habría sido solo el alcohol lo que nos unió? ¿O hay algo más, algo que ella misma no entiende o no quiere admitir?

—¿Te arrepientes? —me aventuro a preguntar, buscando respuestas en sus expresivos ojos verdes.

Ella me mira, con esos preciosos ojos grandes y verdes. La tensión entre nosotros es palpable, pero hay algo más en su mirada. Es como si estuviera luchando con sus propios pensamientos.

—No —responde finalmente. Y eso es todo lo que me hace falta saber. Por ahora.

—Cierra los ojos —le pido, y ella me mira con una mezcla de duda y curiosidad. Al final, decide cerrarlos.

Me acerco a ella con suavidad, mi mano trazando líneas imperceptibles en su rostro, explorando la textura de su piel. Puedo sentir la leve rugosidad de sus pómulos, la suavidad de sus labios entreabiertos. Luego, descendiendo por sus brazos con la misma delicadeza, recorriendo la senda de su piel mientras mi pulgar acaricia sutilmente cada centímetro.

Su respiración se vuelve más profunda, y su piel reacciona al roce conmigo. Un escalofrío recorre su espalda, y siento que la conexión entre nosotros se intensifica con cada caricia. La habitación se llena con la electricidad de lo que no se dice, pero que se siente con cada gesto compartido. Aunque sus ojos permanecen cerrados, puedo percibir la tensión y la expectación en el aire.

Me acerco más a ella y mi pulgar traza el contorno de sus comisuras, explorando cada rincón de su rostro con una atención casi reverente. Puedo sentir cómo su respiración se vuelve más profunda, su pecho subiendo y bajando con cada inhalación. La intimidad de este momento me envuelve, y se intensifica con cada caricia.

Entonces, decido dar un paso más. Levanto suavemente su mentón con dos dedos, acercando

nuestros rostros. Ella sigue con los ojos cerrados.

—¿Puedo besarte? —pregunto con suavidad, buscando su consentimiento y respetando cada uno de sus límites.

Aurora, con los ojos cerrados y una expresión expectante, asiente levemente. Puedo sentir la anticipación en el aire mientras me inclino hacia adelante. Nuestros labios se rozan al principio, apenas un susurro de contacto. Pero pronto el beso se profundiza, una danza lenta y delicada que nos envuelve en una espiral de sensaciones.

Siento cómo ella rodea mi cuello con sus brazos, acercándose aún más. Nuestros labios se encuentran con más firmeza, nuestras lenguas explorándose mutuamente.

El deseo entre nosotros crece como una llama avivada por cada beso compartido. Cada roce de nuestros labios es un eco de pasión, y puedo sentir cómo el anhelo se intensifica en cada rincón de mi ser. Quiero más de ella, necesito más.

Nuestras bocas se encuentran con una urgencia que refleja la intensidad del deseo que nos consume. Mis manos, antes explorando con delicadeza, ahora buscan la cercanía, la calidez de su piel. Deslizo mis dedos por su espalda, sintiendo la suavidad bajo mis yemas mientras nos entregamos al torbellino de sensaciones.

Aurora responde con la misma intensidad, sus labios moviéndose contra los míos con una sincronización perfecta. Mis sentidos se saturan con su presencia, y me encuentro perdiéndome en el momento, en el sabor embriagador de su boca.

La necesidad de explorar más de ella se apodera de mí. Mis manos, ansiosas, exploran con deseo cada rincón de su piel expuesta. Mis dedos viajan a lo largo de su espalda, deslizándose por la curva de su cintura, hasta llegar al final de su vestido. Su cuerpo se tensa, y yo me detengo brevemente, mis ojos buscando su aprobación.

—¿Quieres que me detenga? —pregunto, aunque las ganas de tocarla son evidentes en mi voz.

Ella, sin abrir los ojos, niega con la cabeza. Toma mi mano y la guía hacia el interior de sus muslos, indicándome su deseo. Un gruñido escapa de mis labios cuando siento la humedad que me espera. Deslizo la mano dentro de su ropa interior, acariciando sus pliegues humedecidos. Sus piernas flaquean por momentos, y ella se aferra a mí mientras sus suspiros llenos de anhelo se mezclan con el aire.

Introduzco un par de dedos en su interior, comenzando a acariciarla con ritmo y firmeza. Sus gemidos, ahora más audibles, llenan la librería desierta, creando una sinfonía erótica que parece resonar en cada estante. Ella está intentando contenerse, lo que solo intensifica mi deseo de llevarla más allá.

—Abre los ojos —le pido sin detenerme—. Mírame.

Ella obedece, sus ojos suplicantes y llenos de deseo se encuentran con los míos, y mi erección se intensifica ante la conexión visual. Añado un dedo más, sintiendo cómo sus paredes se contraen en respuesta.

Instantes después, el éxtasis se apodera de ella, y su cuerpo se estremece con el placer liberado. La sujeto con fuerza, sosteniéndola en el torbellino de sensaciones que la envuelve. Mi otra mano sigue su trabajo, acariciándola suavemente, asegurándome de prolongar su placer hasta que el último estremecimiento de su orgasmo se desvanece.

Nos quedamos en silencio por un momento, atrapados en la atmósfera íntima de la librería desierta. La respiración entrecortada de Aurora y mi propia excitación palpable en el aire.

Parece que Aurora está a punto de decir algo, pero la campanita de la puerta interrumpe el momento, anunciando la entrada de alguien. Nos separamos de inmediato, y yo me doy la vuelta para recolocarme la ropa, asegurándome de que mi erección pase desapercibida.

Aurora atiende al recién llegado con soltura, aunque está algo distraída cuando me despido de ella con rapidez y salgo de la librería. Me dirijo al hotel, donde por suerte me encuentro a solas. Decido entonces descargar toda mi tensión.

AURORA

Me encuentro sola en mi despacho, rodeada de estanterías llenas de libros que ahora parecen ajenos a mi realidad. Cierro la puerta con cuidado, como si temiera que alguien más pueda irrumpir en mi privacidad. Mi corazón late con fuerza, el momento íntimo recién compartido con Jett todavía demasiado presente.

Después de que Jett se marchara y tras despedir al cartero que nos ha interrumpido, he tenido que correr a esconderme aquí dentro. ¿Cómo he podido dejar que algo así sucediera en mi propio lugar de trabajo? ¿En un lugar tan inapropiado como... excitante...? Mis mejillas arden de la vergüenza que se mezcla con el deseo que aún late bajo mi piel. No puedo creer que haya sucumbido de esa manera, pero, por alguna razón, Jett despierta en mí unas sensaciones que no puedo ignorar.

La sugerencia de cerrar los ojos fue como un hechizo. Por un momento, olvidé dónde estábamos, quiénes éramos, y solo existía la conexión entre nuestros cuerpos. Sus manos, sus labios... todo se fundió en un torbellino de sensaciones que eclipsó cualquier rastro de lógica. Y cuando abrí los ojos, los tatuajes que tanto me inquietaban simplemente dejaron de importar.

La noche anterior sigue atormentándome, o quizás, me atormenta la falta de ella. La conexión carnal que compartimos es algo que nunca experimenté en toda mi vida. Desde aquel beso en la fiesta, no he podido pensar en otra cosa que en querer más, en quererlo a él.

¿Cómo ha llegado Jett a tener este efecto sobre mí? Mi mente trata de racionalizarlo, pero mi cuerpo se rebela. Estoy atrapada en un torbellino de emociones que no puedo controlar. No sé a dónde nos llevará esto, pero una parte de mí ansía descubrirlo, aunque el miedo y la incertidumbre se apoderen de mis pensamientos. ¿Qué estamos haciendo, Jett, y cómo llegamos hasta aquí?

El sonido de la campanita me saca de mis pensamientos. Maldigo por lo bajo y me apresuro a salir de mi escondite mientras intento recobrar la compostura.

La voz de Emma resuena por el pasillo, y sus palabras me hacen sobresaltarme.

—¡Aurora! ¡Te he estado buscando por todos lados! Dani me dijo que estabas aquí con Jett — anuncia Emma con curiosidad evidente.

—No, no, ya se fue hace un rato —respondo apresuradamente, sintiendo el calor en mis mejillas. Emma me observa con una mirada inquisitiva, pero afortunadamente no profundiza en el tema. En su lugar, me cuenta por qué me estaba buscando. Ha pasado la mañana con Olivia, y como su tiempo en Robleblanco se acorta, han decidido hacer algo especial antes de marcharse.

—Pensamos en hacer algo divertido hoy. ¿Te apuntas? —me propone Emma con una sonrisa intrigante.

Mientras la escucho parlotear, mi mente divaga por un momento, todavía puedo sentir las caricias de Jett. Me estremezco sin remedio.

—No sé, Emma. Tengo que encargarme de la tienda... —trato de disculparme, entrecerrando los ojos como si el trabajo me reclamara urgentemente.

—Oh, vamos. Dani me ha contado lo mucho que habéis vendido estos días. Robleblanco es un pueblo muy aficionado a la lectura, creo que puedes permitirte cerrar un poco antes —dice mi

amiga, inclinando la cabeza con una sonrisa que denota su convicción.

—Está bien —digo, tratando de parecer más relajada de lo que me siento. Paso una mano por mi cabello, intentando despejar mi mente de pensamientos no deseados. La imagen de Jett se cuela en mi cabeza, pero la aparto con determinación.

Mientras planeamos el día, empiezo a imaginar cómo un viaje en grupo sería perfecto para distraernos. Sin opciones de quedarme a solas con Jett, tal vez sea lo mejor para evitar cualquier situación... incómoda.

Finalmente, horas después, nos reunimos todos en la playa. Todos llevamos nuestros trajes de baño, pero esta vez hemos cambiado las sandalias y chancletas por zapatillas deportivas que impidan que resbalemos por las rocas. Hay diferentes maneras de llegar hasta la localización de las termas, la más divertida es en barco, pero tras la última experiencia de Jake en el agua y con el sol casi poniéndose en el horizonte, decidimos llegar hasta allí caminando por las rocas.

El paseo es largo bajo el sol, pero las bromas y risas lo hacen más llevadero. Sin embargo, mi mirada se escapa ocasionalmente hacia Jett, que permanece más callado de lo que estoy acostumbrada. Él también me mira con discreción, nadie más parece darse cuenta de nuestras miradas compartidas.

Después de un rato, finalmente llegamos a las termas naturales. Se trata de piscinas naturales delimitadas por rocas, y lo especial es que estas siempre están calientes debido a una corriente geotérmica subterránea que las alimenta. El vapor se eleva ligeramente en el aire, creando un ambiente acogedor.

—¡Vaya, esto es increíble! —exclama Olivia, emocionada.

—¡Definitivamente valió la pena el paseo! —añade Max, sonriendo.

—¡Ya te digo! Además, así evitamos que Jake se ponga verde en el barco —bromea Jett, rompiendo su silencio momentáneamente.

Nos reímos todos, y empezamos a buscar nuestro lugar en las termas para disfrutar de la calidez relajante del agua. Estamos completamente solos en este paraíso termal, donde la complicidad entre nosotros se siente casi tangible. Nos relajamos, jugamos y disfrutamos de la puesta de sol desde el agua caliente. No hay muchas personas que conozcan este lugar, ya que Robleblanco tiene pocos habitantes, y la mayoría son un poco mayores para excursiones como estas.

En algún momento, Dani y Max se quejan del calor, y como si de una conspiración se tratara, deciden refrescarse lanzándose al agua del mar. Las risas y las exclamaciones llenan el aire mientras se sumergen en las oscuras aguas nocturnas. El reflejo de la luna sobre las olas agrega un toque mágico al espectáculo.

El resto del grupo decide seguirlos, pero yo me niego.

—No me digas que te da miedo —se burla Jett con una sonrisa traviesa. No respondo de inmediato, pero él, con esa seguridad desafiante en sus ojos, agrega— Está bien, me quedaré contigo para protegerte.

Yo pongo los ojos en blanco pero el resto parece satisfecho, ninguno quiere dejarme sola, y se se sumerge en la oscuridad de la playa, dejándonos a solas en un breve silencio.

Las risas distantes y los chapoteos desaparecen, dejando solo el suave murmullo de las aguas termales. Jett y yo nos quedamos allí, bajo la luz tenue, mirándonos en un silencio cómodo. Después de un momento, es él quien decide romperlo.

—¿Todavía te molestan tus tatuajes? —pregunta, sus ojos buscando los míos en la penumbra. La pregunta flota en el aire, y mientras lo observo, me doy cuenta de que no hay juicio en su mirada, solo una genuina curiosidad.

Me tenso al mirarlo por fin, mis ojos se encuentran con los suyos, y un cosquilleo recorre mi

piel. Sin embargo, después de meditarlo un poco y observarlo allí, bajo la luz de la luna y las estrellas, con el torso tatuado desnudo y el pelo húmedo y alborotado, una extraña calidez comienza a expandirse en mi interior. No, sus tatuajes ya no me molestan en absoluto. De hecho, descubro que la visión de ellos despierta unas ganas increíbles de tocarlo.

La luz tenue resalta los detalles de cada trazo en su piel, convirtiendo los tatuajes en una forma de arte única. Mi mirada sigue la línea de la tinta y sin querer me acerco un poco para verlos mejor.

Jett me observa en silencio, sus ojos transmiten una mezcla de curiosidad y precaución, como si temiera que, al decir algo, pudiera espantarme. Finalmente decido responderle.

—No, la verdad es que no —digo, volviendo mi atención a los trazos sobre su piel. Sin darme cuenta, alzo una mano con la intención de tocarlo, pero me detengo antes de hacerlo—. ¿Puedo?

—pregunto, buscando su permiso.

Él sonríe orgulloso, y asiente con la cabeza.

—Por favor —me invita.

Mis dedos se deslizan sobre la piel marcada de Jett, siguiendo la línea de los tatuajes. Noto cómo se eriza la piel bajo mi tacto, y una parte de mí encuentra esa reacción fascinante. Las texturas de los tatuajes son intrigantes, con detalles que solo puedo apreciar a esta distancia cercana. Sigo acariciando los trazos intrincados y las formas irregulares, sintiendo la firmeza de los músculos de Jett. Cada caricia parece desencadenar una respuesta sutil en él y descubro que eso me encanta.

Sin poder contenerme, dejo que mis dedos se deslicen hacia su hombro, siguiendo el contorno de un tatuaje en espiral. Jett inhala ligeramente y la noche parece detenerse a nuestro alrededor.

El susurro del viento nocturno se ve eclipsado por la tensión palpable entre nosotros. Su mirada ardiente se encuentra con la mía, y en ese instante, nos damos cuenta de lo cerca que estamos. Puedo sentir su aliento cálido, y la proximidad de su cuerpo enciende algo en lo más profundo de mí.

Jett se muerde el labio, y trago saliva con dificultad. Apenas me doy cuenta de lo acalorada que estoy hasta ahora. Su cercanía parece magnificar cada latido de mi corazón.

De repente, él separa los labios como si estuviera a punto de decir algo, pero no le doy oportunidad. Mi impulsividad toma el control, y con una mirada desafiante, le digo:

—Como vuelvas a pedirme permiso para besarme, pienso darte un puñetazo.

Jett suelta una carcajada grave, una risa que resuena en el silencio de la noche. Antes de que pueda reaccionar, se lanza hacia mí. Nuestros labios se encuentran en un beso apasionado, nuestras lenguas entrelazándose en un baile frenético. Estamos inmersos en el agua, y mi cuerpo termina sobre el suyo. Un suspiro escapa de mis labios al sentir la evidente erección de Jett chocar contra la fina tela de mi bikini.

Jett coloca sus manos con firmeza en mis caderas y, con una mirada intensa, me incita a moverme sobre él. Cedo al impulso del deseo compartido, permitiendo que la fricción entre nuestros cuerpos, a través de la fina barrera de nuestros bañadores, nos envuelva en una embriagadora sensación.

El suave roce despierta un placer palpable, y el agua que nos rodea parece vibrar con la tensión eléctrica que fluye entre nosotros. Los movimientos se vuelven más intensos, cada roce, cada contacto, avivando la llama que arde entre Jett y yo. Los sonidos suaves del agua y nuestros suspiros se entrelazan en una sinfonía clandestina mientras nos entregamos al éxtasis creciente.

La intensidad del deseo me envuelve, una necesidad abrumadora de sentir a Jett dentro de mí. Sin poder esperar más, en un movimiento rápido, me elevo ligeramente para liberar su erección,

mientras él aparta hábilmente la barrera de mi bikini. No pierdo un instante y me deslizo sobre su miembro con un gemido contenido, mientras Jett calla mis sonidos con un beso ardiente que parece sellar nuestro pacto secreto.

Jett guía el ritmo de nuestras caderas en un vaivén que solo intensifica la vorágine de placer entre nosotros. Mientras tanto, su mano experta ha liberado uno de mis pechos del confinamiento del bikini, y sus labios y dientes se dedican a besarlo y mordisquearlo con una devoción que desencadena vibraciones de éxtasis a lo largo de mi cuerpo.

Hago todo lo posible por contener los gemidos, pero el placer me envuelve de tal manera que cada suspiro parece escapar de mis labios sin permiso. A pesar de la fogosidad que compartimos en la intimidad del agua, aún puedo escuchar las risas distantes de nuestros amigos. La conciencia de que podríamos ser descubiertos en pleno acto añade un toque de excitación prohibida a la experiencia, elevando aún más la temperatura entre nosotros.

Mis sentidos se ven envueltos en un torbellino de sensaciones, y siento que estoy al borde del precipicio. Me aferró a Jett con desesperación mientras mis labios buscan sus tatuajes, y, en un acto instintivo, gimo sobre ellos mientras la oleada de placer me arrastra irremediablemente.

Jett aprieta los dientes, su firmeza me ayuda a seguir moviendo las caderas con fuerza, buscando profundizar en el éxtasis compartido. La intensidad del momento es abrumadora, y tras unos momentos, siento que me levanta, apartándome para poder descargar fuera de mí.

Vuelvo al agua y nos miramos jadeando, nuestros cuerpos medio desnudos testigos del éxtasis compartido. Estamos hechos un desastre, nuestro deseo ha dejado su marca en nosotros. Su miembro aún palpita con las últimas oleadas de placer fuera de su bañador, mientras que mis pechos permanecen liberados de la restricción del bikini. La mezcla de sudor, el calor del acto y las altas temperaturas de las aguas termales nos tiene a ambos en un estado de acaloramiento que va más allá de lo físico.

Aún así, Jett tira de mí para rodearme con los brazos.

—Me vuelves loco, ¿lo sabías? —murmura, su aliento chocando con mi piel húmeda. Después me besa y yo sonrío contra sus labios.

—Tú tampoco estás nada mal.

Una risa suave escapa de sus labios, y se permite un momento para admirar mi figura bajo la tenue luz de la noche. Se acerca a uno de mis pechos para besarlo una última vez antes de esconderlo de nuevo.

—¿Deberíamos unirnos al resto? —propone él con las mejillas sonrojadas por el calor.

Asiento con la cabeza, sabiendo que el frescor del mar será más que bienvenido. Nos disponemos a salir del agua, listos para volver al grupo y actuar como si aquello no hubiera ocurrido.

La noche avanza en un torbellino de risas, música y bailes frenéticos. Después de sumergirnos en las aguas refrescantes, decidimos regresar al pueblo para unirnos a la animada fiesta que promete extenderse durante toda la semana.

En el bullicio de la música y las risas, me encuentro bailando con Jake. Noto cómo sus manos se deslizan por mi cintura de manera sugerente, y no puedo evitar restregarme un poco más de lo debido. Entre los giros y movimientos sensuales, noto la mirada intensa de Jett fija en nosotros. Lo hago con la única intención de provocarlo, y no tarda en surtir efecto.

En un instante, Jett se acerca decidido, interrumpiendo nuestro baile. Le pregunta a Jake con una sonrisa socarrona si puede "robarme" por un rato. Jake, divertido, asiente sin dejar de bailar, y en cuestión de segundos, estoy girando en los brazos de Jett. Bailamos de manera provocativa, quizás un poco inapropiada para el público, pero la mezcla de copas y la euforia colectiva nos

hace sentir que estamos en nuestro propio mundo.

La gente a nuestro alrededor sigue con sus celebraciones, y nadie parece prestar mucha atención a nuestra coreografía más atrevida. Si por casualidad algún curioso se fijara en nosotros, seguramente la memoria de esa escena se disolvería entre las risas y el brillo de la noche. Sin embargo, no tardamos mucho en deslizarnos fuera de la fiesta, en busca de un lugar más íntimo donde la música y la complicidad puedan continuar sin restricciones.

La fiesta se traslada a mi casa, y las risas y la música persisten en cada rincón. Sin embargo, la urgencia y la tensión acumulada nos impiden llegar a la habitación. Jett me toma contra la pared del vestíbulo, ambos a medio vestir, envueltos en el ardor de la noche.

De frente a la pared, siento la firmeza de Jett mientras me penetra con intensidad desde atrás. El contacto es electrizante, y entre susurros entrecortados y gemidos, dejamos que el deseo se apodere de nosotros. La música de la fiesta se filtra, proporcionando un ritmo irregular pero apasionado a nuestro encuentro clandestino. Cada roce, cada movimiento, es una sinfonía de placer compartido que se expande por la casa.

Con el transcurrir de la noche, nuestros cuerpos ansiosos exploran diversos rincones de la casa. Las paredes guardan secretos de nuestros encuentros fugaces, y la ropa se dispersa como vestigios de una pasión voraz. En cada habitación, en cada rincón, cedemos al deseo en distintas posiciones, entregándonos a la urgencia del momento.

Sin embargo, en esta ocasión sí conseguimos encontrar un momento para dormir.

Despierto con la luz del sol en todo su esplendor, enredada entre las sábanas y a mi lado, Jett duerme plácidamente. Su respiración tranquila llena el espacio. Está boca arriba, revelando la serenidad en su rostro, y aprovecho para observarlo detenidamente.

Cada línea de sus tatuajes parece contar historias que solo conocen aquellos que se aventuran a explorar su piel. Los destellos dorados del sol danzan sobre su piel, resaltando la perfección de sus rasgos. Un suave ronroneo escapa de sus labios, y me maravillo ante la imagen apacible de aquel que momentos antes compartía conmigo la vorágine de la pasión.

El recuerdo de la noche anterior despierta un deseo ardiente en mí, y con picardía, me deslizo entre las sábanas. Mi boca busca la intimidad de Jett, y con cada beso, siento cómo su miembro, antes tranquilo, responde al llamado de la pasión. Jett despierta entre gemidos, y a pesar de estar medio adormilado, coloca una mano sobre mi cabeza, guiando sutilmente el ritmo de mis caricias matutinas.

Mi boca se desliza con destreza sobre su miembro, explorando cada rincón con besos y suaves succiones. No pasa mucho rato hasta que noto cómo se retuerce ligeramente bajo mis caricias. Continúo con mi labor hasta que alcanza el éxtasis entre mis labios, y siento el cálido pulso de su placer. Saboreo cada instante mientras me aseguro de capturar cada rastro de su entrega.

—Buenos días a ti también —dice él, totalmente satisfecho.

Me levanto de la cama y comienzo a arreglarme, tratando de ocultar la sonrisa que se insinúa en mi rostro. Siento la mirada de Jett sobre mí, y finalmente, me vuelvo hacia él.

—¿Qué? —le pregunto impaciente.

Entonces, Jett, de repente, menciona algo que no me espero para nada.

—Tengamos una cita —propone.

La propuesta me toma totalmente desprevenida.

—¿Una cita? —repito.

Él asiente, y sus palabras fluyen con una propuesta que incluye lugares bonitos, flores y una cena a la luz de las estrellas.

—Sé lo que es una cita —interrumpo con sarcasmo—. Pero, ¿quieres tener una cita conmigo?

Jett asiente nuevamente, y parpadeo un par de veces antes de responder.

—Sí, vale. Tengamos una cita —acepto.

Una sonrisa se forma en los labios de Jett, y se levanta de la cama.

—¿Te va bien a las ocho? —pregunta mientras se viste. Yo asiento—. ¿Qué te parece esa cala por la que pasamos ayer al volver?

Asiento de nuevo, y él se acerca a mí, ya completamente vestido.

—Genial, no llegues tarde —dice. Después me besa en la mejilla y se marcha.

Momentos más tarde, me dirijo a mi tienda, donde encuentro a Dani quejándose de haber tenido que ocuparse de todo solo mientras yo disfrutaba de la mañana.

AURORA

El día transcurre con lentitud, y todo lo que puedo pensar es en la cita inminente con Jett. He repasado mentalmente cada prenda en mi armario, creando el modelito perfecto para la ocasión. Finalmente, me decanto por un vestido sencillo que me sienta muy bien y un medio recogido sencillo para el pelo. Me despido rápidamente de Dani cuando terminamos de recoger y corro a casa para cambiarme. Después, me dirijo al lugar indicado y no puedo contener mi sorpresa al ver lo que Jett ha montado.

Un mantel gigantesco sobre la arena con una cesta llena de comida, una botella de champán con dos copas, todo rodeado de unos farolillos clavados en la arena para iluminar la escena. También hay una guitarra descansando sobre el mantel. Jett se acerca a mí y me ofrece un ramo de margaritas.

Las miro sorprendida, y Jett responde con un tono juguetón

—Ya te dije que habría flores.

Me ayuda a acomodarme sobre el mantel y sirve el champán.

—Qué lujoso —comento divertida.

Nos reímos cuando, al dar el primer trago, ninguno de los dos parece disfrutarlo.

—Esto está asqueroso, no entiendo cómo puede gustarle a la gente —dice él. Asiento, totalmente de acuerdo— Menos mal que también he traído esto —añade, sacando unas cervezas de la cesta. Pasamos una velada ciertamente encantadora. Estaba nerviosa al principio, aunque no sé por qué, pero a medida que pasa el rato, me siento muy cómoda con él. Todo son risas y bromas interrumpidas por algún que otro beso.

—¿De dónde eres? —pregunto yo en algún momento— Tu nombre te delata. Jett Ross, tú no eres de aquí. Oh, vamos no me me mires así. Emma se ha encargado de empapelar todo el pueblo con vuestras caras y nombres.

Él se ríe, echándose hacia atrás sobre sus brazos.

—Los Ángeles.

Abro los ojos con sorpresa.

—¿Los Ángeles? ¡Pero hablas español perfectamente! —Sí que es cierto que tiene un poco de acento, pero siempre he creído que era su manera de hablar.

Él se encoge de hombros.

—Supongo que tengo un don para la lengua —dice con picardía por el doble sentido. Yo le doy un golpe en el hombro—. Nacimos y nos criamos allí, Jake y yo.

—¿Jake también?

Él asiente de nuevo.

—Nos fuimos a los dieciocho. Acabamos aquí por casualidad. Cogimos el primer vuelo que vimos al llegar al aeropuerto. Después conocimos a Olivia, luego a Max, y creamos Glitch. Ya han pasado diez años desde entonces.

Conversamos sobre la vida en Los Ángeles, la escena musical, y cómo la casualidad los llevó hasta España. Jett comparte anécdotas de sus primeros días en el país, los desafíos de formar Glitch y las experiencias que moldearon la banda. Poco a poco, la noche avanza, y entre risas y

confesiones, siento que empiezo a conocerle un poco más.

—¿Y cuál es tu apellido? Es injusto que tú sepas el mío y yo el tuyo no —me dice él de pronto. Yo suspiro un momento, intuyendo su reacción.

—Costa —respondo a regañadientes.

Él me mira entre sorprendido y divertido.

—¿Aurora Costa? —se empieza a reír— ¿Y vives en un pueblo costero...?

Inevitablemente, sacudo la cabeza, tratando de ocultar mi timidez ante la coincidencia.

—Lo sé, suena a chiste. Pero te prometo que no fue a propósito —me apresuro a decir, contagiándome de su risa.

La atmósfera se llena de ligereza y complicidad mientras Jett, con su característico sentido del humor, comienza a entonar una especie de poema de amor improvisado, donde una tal Aurora Costa se convierte en la protagonista de una historia única y encantadora. Yo me río con él.

Cambiamos de tema en algún momento, y cuando la charla se desvía hacia la música, Jett toma la guitarra que reposa cerca y comienza a tocar algunas melodías. La calma vuelve a nosotros y me quedo fascinada por la destreza de sus dedos sobre las cuerdas y su voz que llena la playa. La suave brisa, la luz de la luna y la música de Jett crean una atmósfera mágica.

—¿Y qué hay de ti? —dice entonces él sin dejar de tocar— ¿De qué pasado huyes?

Me remuevo nerviosa ante la inesperada pregunta.

—Puedes contármelo si quieres —dice con suavidad—. Tengo curiosidad, pero está bien si prefieres no hacerlo.

Siento un nudo en la garganta al recordar mi historia. Pero el sonido de la guitarra sigue sonando de fondo y, la verdad es que ha pasado ya mucho tiempo...

—Mi infancia fue complicada —comienzo con voz queda—. Mis padres eran unos adictos al crack y todo su mundo se veía reducido a eso. Vivíamos en una casa, pero como supondrás, no era nada de ensueño —Hago una pausa en la que miro de reojo a Jett, su mirada está fija en las cuerdas que sigue tocando. Sigo hablando:— Eso me obligó a madurar antes de tiempo. Me emancipé joven, decidí dar el paso cuando intentaron vender mi cuerpo a cambio de droga, y desde entonces he estado sola. Pero encontré refugio en los libros, en la librería, y Robleblanco se convirtió en mi hogar.

Jett deja de tocar un momento para mirarme.

—¿Has vuelto a saber algo de ellos? —me pregunta, no hay ni rastro de la sonrisa burlona que suele acompañar su rostro.

Yo niego con la cabeza.

—Dudo que se hayan dado siquiera de que no estoy —digo tragándome el nudo de mi garganta. Luego me encojo de hombros— En una semana hará once años que me marché.

Jett me escucha con atención, y aunque puedo ver la comprensión en sus ojos, no hay juicio. Me siento un poco vulnerable al compartir esos detalles, pero también aliviada por sacarlo todo.

—¿Y tu problema con los tatuajes...?

Yo asiento con la cabeza.

—Mis padres y la gente con la que se juntaban estaban repletos de tatuajes. No puedo evitar volver a esa época cuando veo a alguien con esa apariencia —explico—. Sé que es injusto pero no lo puedo evitar. Aunque contigo ya no me pasa.

Sonrío para aliviar la tensión y desvío la mirada hacia el mar.

—No me puedo creer que te lo haya contado. Ni siquiera Emma o Dani conocen la historia completa.

Jett no hace más preguntas. En vez de eso, me tiende la guitarra.

—¿Te animas? —me propone con una sonrisa.

—¿No tienes miedo de que te la rompa? —digo yo con cautela.

—No puedes ser TAN torpe —dice él poniendo los ojos en blanco.

Río nerviosamente, pero acepto el desafío. Después de unos acordes torpes, Jett corrige sutilmente mi posición de los dedos, y poco a poco, nos sumergimos en una improvisada jam session. Las notas resuenan en la playa, combinándose con el sonido de las olas y creando una armonía única.

La velada culmina con nosotros entregándonos al deseo insaciable que nos devora cada vez que estamos juntos, compartiendo momentos de placer sobre el mantel en la suave arena.

Jett y yo volvemos a pasar la noche juntos en mi casa, donde continuamos alimentando ese hambre voraz que ambos compartimos el uno por el otro.

Por la mañana, la luz tenue del amanecer nos acaricia, y el tono insistente del teléfono móvil de Jett nos despierta abruptamente. Es su manager, recordándole una reunión sobre los próximos conciertos. Nos despedimos rápidamente, pero entre nosotros hay un calor especial en la despedida.

Entonces, una vez se ha marchado, me doy cuenta de algo; me gusta. Me gusta de verdad.

El día se desarrolla de una manera extrañamente liviana. Una sonrisa persistente adorna mi rostro mientras recuerdo los momentos compartidos con Jett la noche anterior.

Me sumerjo en la rutina diaria con una energía renovada. Es como si, al abrirme a él, hubiera dejado atrás un pesado lastre que llevaba mucho tiempo arrastrando. Mis pasos son ligeros, mis pensamientos se deslizan con suavidad, y hasta el aire parece tener un matiz más fresco.

Estoy ordenando una estantería de libros mientras canturreo una melodía, una de las que Jett estuvo tocando con su guitarra ayer. Cuando de repente aparece Dani, su mirada me escudriña y tiene una mueca de desagrado.

—¿Se puede saber por qué estás tan contenta? —dice como si fuera algo malo— Llevas toda la mañana de un humor muy bueno y, honestamente, estoy empezando a asustarme.

Yo pongo los ojos en blanco y decido ignorarlo para concentrarme en mi trabajo. No obstante, la curiosidad de Dani parece imparable.

—¿No vas a decir nada? ¿Ni siquiera de tus encuentros secretos con el vocalista de Glitch? —dice entonces de repente. A mí se me caen un par de libros al suelo que no consigo rescatar a tiempo y maldigo en voz baja. Dani los recoge por mí y me los devuelve— Te vi ayer en la playa con él, se os veía muy acaramelados... —se burla él mientras siento cómo mis mejillas se ponen coloradas— Sumé dos más dos y comprendí que aquella no era la primera vez que os veáis a solas, ¿me equivoco?

Estoy a punto de abrir la boca dispuesta a defenderme, cuando Emma entra como un huracán.

—¡Buenos días, mis amores! —nos saluda dejando dos tazas de café sobre el mostrador.

Después nos mira y se acerca con rapidez— ¿Qué me he perdido?

Dani bufa a mi lado y se cruza de brazos.

—Aurora estaba a punto de confesar sobre su aventura con Jett.

—¡Dani! —exclamo yo indignada.

—¡Por fin! —dice Emma entusiasmada en cambio. Yo la miro sorprendida y ella se encoge de hombros— Era bastante obvio. Hay una tensión sexual entre vosotros que casi me dan ganas a mí de unirme —explica guiñándome un ojo.

Nos pasamos dos horas enteras hablando del tema. Trato de evitar sus preguntas y seguir trabajando, pero al final se me hace imposible. Dani y Emma son las personas más insistentes que he conocido nunca, y al final me sientan en los sofás de la librería para poder interrogarme a

gusto.

Finalmente confieso. Les hablo de la noche del concierto, Emma se pone colorada al saber que nos interrumpió en pleno acto. Les hablo también del momento en las termas naturales, aunque sin entrar en detalles. Y de la cita de la noche anterior.

—Vamos, que os habéis estado acostando durante todo este tiempo y no nos has dicho nada —dice Dani indignado—. Me sentiría dolido, pero lo cierto es que estoy decepcionado por no haberme dado cuenta antes.

—Estabas demasiado ocupado con Max —dice Emma con picardía antes de volver su atención en mí—. ¿Y bien? El sexo es buenísimo, lo pillamos, pero... ¿te gusta?

Yo aparto la mirada y empiezo a jugar con el bordado de mi vestido.

—Ay, no... —dice Dani.

—¡Ay, sí! —exclama Emma. Yo pongo los ojos en blanco y ella se acerca más a mí, emocionada

— ¿Se lo has dicho?

—¿Qué? Por supuesto que no —respondo como si fuera obvio.

El rostro de Emma se contrae con desilusión.

—Pero se marcharán dentro de dos días —dice ella.

—Exacto, y por eso no voy a decirle nada —le explico yo—. Me gusta, sí. Pero eso no cambia que él tenga su vida y yo la mía. Jett tiene su futuro con Glitch, su vida está llena de viajes, conciertos y chicas. Incluso aunque yo le gustara a él, ¿qué va hacer? ¿Dejarlo todo por mí? Porque yo no voy a dejar mi hogar —Emma imita un puchero—. Vamos, esas cosas sólo pasan en los libros, Emma.

—Tiene razón —me secunda Dani.

Emma se echa hacia atrás en el sillón de terciopelo verde.

—Aún así...

La charla sigue fluyendo entre risas y confesiones. Dani y Emma, lejos de juzgarme, parecen emocionados por la noticia. Mis amigos bromean con la idea de que soy la "groupie oficial" de Glitch ahora, y yo no puedo evitar sonreír ante sus ocurrencias. Aunque, en el fondo, sé que esta burbujeante felicidad que me rodea tiene una fecha de caducidad.

Durante el resto del día, me sumerjo en las tareas de la librería, tratando de mantenerme ocupada para no pensar en la despedida que se avecina. Cierro los ojos por un momento, dejándome llevar por la música que suena en la tienda, recordando la noche anterior con Jett, los acordes de su guitarra y la complicidad que compartimos. La realidad golpea mi conciencia, pero decido aplazar mis preocupaciones para más tarde.

JETT

Estoy sentado en la sala de reuniones, pero mi mente está en cualquier lugar menos aquí. Claudia, mi implacable manager, está dando los toques finales a los detalles de nuestros próximos destinos de la gira. Pero todo lo que puedo pensar es en Aurora, en su sonrisa, en sus ojos, en la complicidad que compartimos bajo la luz de la luna. La reunión se alarga más de lo previsto, y la impaciencia me carcome.

No puedo quitarme de la cabeza la idea de ver a Aurora. Su presencia me llena de una energía diferente, una que no puedo encontrar en el bullicio de la gira ni en el escenario. Es como si su mundo tranquilo y sereno chocara con mi ajetreada vida de conciertos y luces brillantes. Pero de alguna manera, encajamos.

Claudia sigue hablando, pero sus palabras se desdibujan en mi mente. Jake me mira con curiosidad, probablemente notando mi nerviosismo.

—Solo necesito un poco de aire fresco. Estoy cansado, eso es todo —respondo, intentando desviar la atención de las miradas de mis compañeros.

—Ayer te vieron en la playa, ¿eh? —dice Max con una sonrisa pícara—. Deja de fingir, Jett.

Olivia sonrío triunfante ante la noticia y Jake, sorprendido, suelta una exclamación:

—¡Al final lo has conseguido! Maldito seas, no hay chica que se te resista, ¿eh?

Me río, pero mi mente sigue enfocada en Aurora. Claudia interrumpe con los últimos detalles, y finalmente, la reunión llega a su fin. Me levanto de la silla con una prisa disimulada, ansioso por salir de allí.

Me despido de ellos y me apresuro a salir del hotel, ansioso por reunirme con ella.

Cuál es mi sorpresa cuando la encuentro esperándome en la calle, y mi corazón se acelera al verla. Es tan guapa. No obstante, su expresión me alerta de que algo está mal.

Me acerco con una sonrisa, pero cuando llego a su lado, noto la furia contenida en su rostro y sus ojos vidriosos. La felicidad inicial se desvanece, reemplazada por la preocupación.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, pero ella se aparta de mí.

Ella bufa.

—Ninguna chica se resiste a ti, ¿eh? Ya has conseguido tu objetivo, te has tirado a la estrecha del pueblo. Eso es lo que querías, ¿no? —me lanza acusaciones con rabia.

Mis ojos se abren sorprendidos por sus palabras. No entiendo de qué está hablando al principio, pero luego lo comprendo. Ha escuchado la conversación con el grupo, ha oído las palabras de Jake.

—No, no, lo has sacado todo de contexto. Sé cómo suena, pero no es lo que parece —le digo apresuradamente, tratando de detener su ira.

Aurora no parece dispuesta a escuchar. Sus labios se aprietan, y veo cómo le tiembla el cuerpo. Me doy cuenta de que está herida y me duele pensar que he sido la causa de su dolor.

—Ya, claro. Sabes, al final no me equivocaba tanto contigo. Tal vez no seas como mis padres, pero tampoco eres buena persona —me suelta con frialdad antes de darme la espalda y marcharse, dejándome allí, atónito y sin oportunidad de explicar lo malentendido.

Intento seguirla, pero su decisión es firme. Aurora se aleja indignada, sin dejar que le dé ninguna

explicación. Me quedo allí, sintiendo el peso de sus palabras y la ansiedad que se apodera de mí. No pierdo el tiempo, y al día siguiente intento buscar a Aurora en la librería, en la parada de la feria del pueblo, incluso a través de Emma y Dani. Sin embargo, cada intento resulta en un muro invisible. Aurora se muestra distante, evitando cualquier contacto conmigo. Cada vez que me acerco, ella se aleja un poco más, determinada a mantenerme alejado.

En la librería, intento iniciar una conversación casual mientras hojea un libro, pero sus respuestas son monosílabas y evasivas. En la feria, me acerco cuando está observando el carrusel, pero se despidе rápidamente y se pierde entre la multitud. Incluso cuando le pido a Emma y Dani que intercedan por mí, Aurora se muestra resuelta en su distancia.

La barrera entre nosotros parece insuperable, y la sensación de haber perdido algo importante se afianza con cada intento fallido de comunicarme con ella. La preocupación y la rabia se mezclan en mi interior. No puede terminar así, no con ella. Mi desesperación crece con cada intento frustrado de acercarme a Aurora. Mis pasos me llevan directo a su casa, donde decido enfrentarla.

La encuentro al llegar, y su rostro muestra una mezcla de sorpresa y enojo al verme. Antes de que pueda decir algo, la acorralo, sintiendo la necesidad urgente de explicar lo sucedido.

—Jake sacó las cosas de contexto. Lo que dijo... —trato de explicar, pero ella me corta.

—No necesito tus excusas. No quiero ser solo otra conquista tuya, Jett. No estoy dispuesta a ser parte de tus trofeos de una noche.

Respiro profundamente, sintiendo que el tiempo se agota. No puedo dejar que se aleje sin entender la verdad.

—Cuando te vi por primera vez, sí, quería echarte un polvo. Eres preciosa y tu actitud hacia mí me divertía. Pero todo cambió cuando que te conocí. Me gustas, mucho más de lo que pensé posible. Esto no es un juego para mí, nunca lo fue. Jake tergiversó las cosas. Por favor, tienes que creerme —le ruego sinceramente.

Ella parece indecisa, pero su expresión sigue siendo dura. Entonces, decido ser completamente honesto.

—Sé que lo mal que pinta todo esto, pero estoy siendo honesto contigo. Esto es real, lo era incluso antes del concierto. No quiero marcharme así, no puedo dejarte así.

Sus ojos brillan con una mezcla de dolor y desconfianza. Siento un nudo en el estómago mientras espero su reacción.

—¿Por qué debería creerte? —pregunta ella, su voz quebrándose ligeramente.

—Porque no estoy jugando contigo, Aurora. —Levanto una mano y suavemente sostengo su rostro, buscando conexión en su mirada.

—Esto es real, y quiero demostrártelo —añado antes de atraerla hacia mí y besarla con intensidad.

Noto la resistencia inicial en los labios de Aurora, pero pronto cede, permitiendo que la pasión desate una tormenta de emociones que nos consume a ambos. Sus labios son suaves, pero hay un matiz de tensión, como si estuviera luchando contra la mezcla de sentimientos que la embargan. Mis manos se aferran suavemente a su cintura, mientras la intensidad del beso aumenta, como si tratara desesperadamente de transmitirle la sinceridad de mis palabras.

Siento el peso de la urgencia en cada roce de nuestros labios, una necesidad desesperada de conectar, de demostrar que lo que digo es verdad. Cierro los ojos, centrándome en el momento, en la textura de sus labios contra los míos, en la forma en que su aliento se mezcla con el mío.

Aurora se aferra a mí, sus dedos se enredan en mi cabello mientras nos entregamos al torbellino de sensaciones. Puedo sentir el sabor salado de sus lágrimas, una mezcla amarga de dolor y

deseo. Entonces se aparta por un momento, su mirada intensa y decidida. Me invita a entrar con un gesto, y al cruzar el umbral, apenas tengo tiempo para procesar la invitación antes de que sus labios vuelvan a los míos con una ferocidad renovada. Esta vez, la pasión se desata con una intensidad primitiva, como una tormenta desbocada que amenaza con arrasarlo todo.

Sus manos encuentran mi cabello, tirando de él con una urgencia que refleja la necesidad mutua que compartimos. No hay delicadeza en este momento, solo un deseo crudo y sin restricciones que se manifiesta en cada toque, cada mordida apasionada.

Me lleva hasta la habitación, que se convierte en un caos de deseos descontrolados. La ropa desaparece en un parpadeo, y nuestras bocas se buscan con voracidad, sin compasión.

Cuando finalmente me deslizo dentro de ella, la conexión es pura urgencia, primitiva y desesperada. No hay espacio para suavidades, solo un acto crudo que refleja la intensidad del momento. Los gemidos y suspiros llenan la habitación, y nos dejamos llevar por la vorágine de sensaciones.

Cuerpos enlazados, movimientos frenéticos, la necesidad palpable en el aire. La conexión se profundiza con cada embestida, como si estuviéramos tratando de aliviar la urgencia que nos consume.

La intensidad del momento es brutal, sin adornos ni florituras. Es un encuentro impulsivo y desesperado que va más allá de lo físico, tocando las fibras más profundas de nuestra conexión. Somos dos almas perdidas, buscando refugio en la furia de nuestro deseo compartido.

La embisto con toda la fuerza que tengo, y ella se retuerce debajo de mí, ansiosa y suplicante. Mis embestidas son profundas, buscando cada rincón de su ser mientras se retuerce de placer, rogándome por más. Le doy todo lo que tengo, respondiendo a sus súplicas con movimientos intensos y decididos.

Aurora gime mi nombre, arañando mi espalda con deseo. No recuerdo cuándo, pero en algún momento, ella termina encima de mí, cabalgándome con ferocidad buscando su propio placer.

Le clavo los dedos en el trasero, ayudándola a moverse sin restricciones. Jadeo como un animal, entregándome completamente al frenesí del momento. Siento cada estremecimiento de su cuerpo alrededor de mi miembro, y la sensación es tan intensa que tengo que hacer un esfuerzo titánico para no dejarme llevar también.

Aguanto justo lo suficiente para asegurarme de que ella alcance su clímax a gusto, y cuando siento cómo se estremece sobre mí, experimento una satisfacción salvaje al ser testigo de su placer.

De repente, el placer alcanza su punto álgido, y siento cómo mi cuerpo se tensa con la anticipación. Cierro los ojos con fuerza, concentrándome en cada sensación que se desata en mi interior. Aurora, aún cabalgándome, intensifica sus movimientos, llevándome al borde del abismo.

Un gemido profundo escapa de mis labios mientras me dejo llevar por el éxtasis que se desborda. La liberación es sublime, como nunca antes lo había sentido. Cada músculo de mi cuerpo se contrae en una explosión de placer, y mi respiración se vuelve errática. Aurora sigue moviéndose, prolongando la intensidad del momento, mientras mi cuerpo se entrega por completo a esa experiencia embriagadora.

La ola de éxtasis se desvanece lentamente, dejando tras de sí una sensación de satisfacción que se propaga por mi cuerpo. Aurora, aún vibrante de deseo, se lanza hacia mis labios en un beso ansioso, y nuestros cuerpos siguen conectados, íntimos y húmedos por la pasión compartida.

El roce de sus labios despierta una nueva oleada de deseo en mí, y siento cómo mi miembro, aún envuelto en el calor de su interior, responde con renovada firmeza. Aurora, sin perder tiempo,

reinicia el movimiento, llevándome de nuevo al borde del abismo. Cada embestida es como una caricia incendiaria que aviva el deseo en nuestros cuerpos. La erección resurge con una fuerza voraz y ella gime contra mis labios.

Seguimos durante horas. Nos sumergimos en un viaje salvaje, donde el deseo y la lascivia nos arrastran sin restricciones. Finalmente, en algún rincón de la madrugada, paramos. Los cuerpos, agotados pero satisfechos por el momento, encuentran reposo en la cama. Observo los arañazos y mordiscos que adornan mi piel y la de Aurora. Testigos de nuestro encuentro ardiente. Sonrío, satisfecho de que estas huellas físicas perdurarán.

Sin embargo, la felicidad es efímera. Una sombra de conciencia me recuerda la realidad que enfrentamos fuera de la cama.

Aurora se levanta, y la veo vestirse con una camiseta. El repentino pudor contrasta con la intimidad compartida minutos antes. Aún puedo saborear sus fluidos en mi boca, mi piercing de la lengua ha hecho maravillas con ella.

—Creo que será mejor que te vayas ahora. Te marchas mañana, ¿verdad? Deberías irte descansado —dice de pronto, y su tono corta de raíz la atmósfera. La realidad de la situación se asienta en la habitación, y me siento como si estuviera despertando de un sueño.

—¿Me estás echando? —pregunto con cierta incredulidad.

Aurora me mira con firmeza, sin titubear.

—Esto ha sido una despedida —entiendo por fin.

La revelación se cierne sobre mí como un cubo de agua fría. Comprendo el motivo detrás de la intensidad de nuestro encuentro. La conexión, la pasión, todo adquiere un matiz diferente. Aunque suene cliché, un nudo se forma en mi estómago, y la realidad de la situación se apodera de mí. Estoy a punto de abandonar este lugar, y lo que compartimos esta noche parece haber sido una suerte de adiós, un intento desesperado de retener algo que sabíamos que no podíamos conservar.

—¿Qué esperabas que fuera a pasar? No voy a marcharme contigo de gira —me dice, y mi silencio es la admisión de que ya lo sabía. A pesar de eso, el conocimiento no mitiga la sensación de pérdida que se instala en mi pecho.

—Podríamos intentarlo —sugiero sin apenas pensarlo.

Pero ella deshecha la idea en un instante, cuando se echa a reír.

—¿Intentarlo? Jett, tú y yo no vamos a tener ninguna relación —me dice con seriedad—. Esto ha sido solo un momento de pasión desenfundada para saciar algo que ni siquiera sabíamos que necesitábamos. No intentes hacer esto algo más grande de lo que es. Necesitas irte.

La atmósfera en la habitación cambia bruscamente. Siento como si un velo de éxtasis se hubiera roto, revelando la cruda realidad. Aurora, de repente distante, se aparta y me señala la puerta.

—Jett, esto no es el comienzo de algo. Es el final. Necesitas marcharte —dice ella con firmeza.

Aunque sorprendido, recojo mis cosas en silencio. La euforia de momentos antes desaparece, sustituida por una extraña sensación de vacío. Aurora me mira con una mezcla de incomodidad y determinación mientras me visto.

—Fue divertido, pero esto es todo. No quiero que nos engañemos pensando que hay algo más aquí —añade ella antes de que pueda decir algo.

Cuando finalmente salgo de la casa de Aurora, me encuentro con una realidad cruda y sin adornos. La noche que compartimos, llena de pasión y deseo, se disuelve en el aire, dejando una sensación de vacío y confusión en su lugar. Me quedo de pie en la oscuridad, procesando lo que acaba de suceder y preguntándome cómo pudo todo cambiar tan rápido.

La mañana siguiente se presenta con una sensación extraña en el aire. El sol brilla en el cielo, pero en mi interior todo es sombrío. El eco de la noche anterior resuena en mi cabeza mientras me preparo para partir. Max y Dani intercambian números de teléfono con gestos amistosos, mientras Emma y Olivia, al borde del llanto, se despiden con abrazos apretados, estos días juntas han forjado una verdadera amistad entre ellas.

Jake y yo aguardamos en silencio cerca del autobús. Mi mirada se desliza constantemente por el entorno, esperando con una chispa de esperanza que Aurora aparezca para despedirse. Sin embargo, según Dani, ella se quedó en la librería debido a un envío importante que llegaría esa mañana.

Me siento mal, vacío. La noche anterior dejó un sabor amargo en mi boca. No sabía qué esperar después de confesar mis sentimientos a Aurora, pero desde luego, no anticipé esa reacción. Parecía que ella no compartía los mismos sentimientos, y la idea duele más de lo que imaginé.

Claudia, nuestra mánager, nos apremia para subir al autobús. Tenemos un viaje largo por delante hasta nuestro próximo destino. Nos despedimos de todos con abrazos y promesas de mantenernos en contacto. Glitch se marcha de Robleblanco, dejando atrás una estela de emociones encontradas.

El autobús arranca, y la distancia entre nosotros y el pueblo crece con cada kilómetro. Miro por la ventana, viendo cómo los recuerdos de esos días quedan atrás. A medida que el paisaje cambia, siento una mezcla de añoranza y resignación. Me queda un viaje muy largo por delante, espero que sea suficiente para conseguir enderezarme antes del siguiente concierto.

AURORA

Ha pasado una semana desde que Glitch dejó Robleblanco. Una semana desde que Jett se marchó, y durante todo ese tiempo, he estado sumida en un estado de ánimo sombrío. Mi enfoque se ha centrado completamente en mi negocio, enterrándome en el trabajo como una forma de evitar pensar en él.

Decirle aquello a Jett fue devastador, sentí algo parecido cuando decidí alejarme de mis padres. Sólo que esta vez fue más doloroso. No creía que sería capaz de echarlo de mi casa, pero logré mantener la compostura hasta que se marchó. Al día siguiente, no pude enfrentarme a despedirlo en persona. Estaba destrozada, y no creía que pudiera ocultárselo si lo veía cara a cara.

Hice lo que creí mejor para los dos. Jett no tenía por qué saber que sus sentimientos eran correspondidos. No debía preocuparse por mí y podía seguir adelante con su vida. Pronto me olvidaría y continuaría acostándose con otras chicas. Yo, por mi parte, me quedaría tranquila en mi apacible vida en este tranquilo pueblo.

O eso creí hasta hace dos días, cuando descubrí algo que alteró por completo mi vida. Ni siquiera soy capaz de decirlo en voz alta. La verdad me golpea como una ola, y siento que el suelo se desmorona bajo mis pies.

Una tarde, en la librería, mis manos temblorosas no pueden contener los libros, y se deslizan de mis dedos para caer al suelo con un estruendo que parece resonar en mi alma. La rabia y la frustración que he estado acumulando salen a borbotones, y sin pensar, comienzo a gritar, a lanzar insultos a los objetos inanimados que se han atrevido a desafiar mi control. Después rompo a llorar.

Dani llega hasta mí con rapidez, me ayuda a levantarme y me lleva al despacho para ocultarme de las miradas indiscretas. Yo no puedo dejar de llorar y Dani musita algo antes de desaparecer por la puerta y dejarme sola.

Momentos más tarde aparece Emma que, sin decir nada, me envuelve entre sus brazos. Espera a que me calme lo suficiente y me entrega un pañuelo que saca de una cajita del escritorio.

—Creo que ha llegado el momento de hablar —me dice ella con tono suave.

Yo niego con la cabeza mientras me sueno la nariz.

—Aurora, creo que deberías llamarle —sigue hablando ella sin embargo—, decirle lo que sientes. Tal vez podáis arreglar las cosas. Lo vuestro no fue solo una aventura, vosotros dos sois los únicos que no lo sabéis.

Yo suspiro, por fin más calmada, y sacudo la cabeza. Ojalá fuera tan fácil como eso. Decido que no puedo aguantarlo más, necesito contárselo a alguien. Afrontar la verdad.

—No es solo eso —empiezo a decir con voz temblorosa—, hace unos días... yo...

Emma me coge de la mano y asiente, reconfortándose.

—Sea lo que sea, estoy aquí para ti —me dice.

Yo respiro con dificultad, tratando de evitar el llanto que acecha de nuevo.

—Estoy embarazada —digo por fin.

El silencio se cierne en la habitación, y siento que la gravedad de mis palabras se expande entre nosotras. La mirada de Emma refleja sorpresa, pero también comprensión y apoyo.

Poco después, Dani entra diciendo que ha cerrado la librería por un rato. Emma le pone al día, y su expresión revela sorpresa y preocupación.

—¿Qué vas a hacer? —empieza a preguntar Emma— ¿Quieres tenerlo o...?

Yo suspiro de nuevo.

—No lo sé —digo llevándome las manos a la cabeza.

—¿Piensas decírselo a Jett? —pregunta entonces Dani.

Yo niego con la cabeza.

—No, no puedo decírselo.

Dani se remueve en el sitio.

—Pero merece saberlo, es suyo —dice con tono juzgador.

Emma le reprende con una mirada y él se echa hacia atrás, abandonado la dirección que estaba tomando esta conversación.

—¿Has ido al médico? —dice Emma entonces.

—No, todavía no —digo con la mirada ausente.

Lo cierto es que desde que lo descubrí, he hecho todo lo posible para evitarlo. Ni siquiera termino de creérmelo todavía. Ni siquiera después de los cinco test positivos. ¿Cómo ha podido ocurrir? Bueno, tengo alguna idea al respecto. Es cierto que no hemos sido demasiado cuidadosos en algunas ocasiones, pero me tomé la pastilla del día después el mismo día en que Jett se marchó. Por lo visto fue demasiado tarde.

—Bueno, paso a paso. Pediré cita con el doctor para que te vea —empieza a decir Emma, haciendo uso de sus habilidades organizadoras—. Después veremos qué quieres hacer, todavía tienes tiempo para pensarlo.

Pensarlo... ¿Qué se supone que debo pensar? Un bebé se está formando en mi interior conforme mantenemos esta conversación. ¡Un bebé! Por supuesto que he pensado en tener una familia, no me desagrada la idea de tener hijos. Pero esto ha sido tan inesperado... ¿Y si no estoy preparada? ¿Pero qué digo? ¡Por supuesto que no lo estoy! Y el padre está a saber dónde, totalmente ajeno a esto.

Siento cómo la ansiedad se apodera de mí, me cuesta respirar y el mundo se me viene encima. Unas manos me sujetan y me devuelven a la realidad.

—Estamos contigo —me dice Emma, Dani asiente a su lado.

—Vamos a apoyarte en todo lo que necesites —añade Dani.

Asiento, sintiendo la calidez reconfortante de sus palabras, y mis amigos me envuelven en un cálido abrazo en el que me vuelvo a echar a llorar. Sus brazos son un refugio temporal contra la tormenta de emociones que me embarga. Me siento agradecida de tenerlos a mi lado en este momento, aunque no puedo evitar sentir que se me acaba el tiempo. Tengo que tomar una decisión y tengo que hacerlo rápido.

JETT

El tiempo ha transcurrido lentamente desde que dejamos atrás Robleblanco. Cinco conciertos más han pasado desde entonces, y aunque la euforia del escenario aplaca momentáneamente cualquier mal sentimiento, el vacío vuelve a inundarme en cuanto piso tierra firme. Ni siquiera cuando estoy actuando parece lo mismo. La música fluye, la multitud grita, pero en mi interior hay un eco ensordecedor de ausencia.

Mis dedos acarician las cuerdas de la guitarra con la misma destreza, mi voz resuena con la misma intensidad, pero falta algo. No puedo evitar buscarla entre la multitud, incluso sabiendo que es una búsqueda inútil. Sé que no la encontraré, pero mi instinto sigue anhelándola.

Las luces del escenario parpadean, el sudor recorre mi frente, y el público corea nuestro nombre. Sin embargo, hay un silencio en mi interior que ninguna ovación puede llenar.

Me pregunto cómo estará. La imagen de su librería y el recuerdo de su mirada me persiguen incluso en medio de la música ensordecedora.

Después del concierto, cuando las luces se apagan y el ruido de la multitud se desvanece, el peso del silencio regresa con fuerza. Me sumerjo en un mar de pensamientos, y aunque intento ahogarlos con la música y la camaradería de la banda, la sombra de Aurora sigue acechándome. Me sorprende a mí mismo echando de menos el sonido del mar, la brisa salina, y las gaviotas danzando en el cielo. Aunque he recorrido innumerables lugares costeros en mi vida, ninguno me ha impactado de esta manera.

De repente, unos gritos me sacan de mi ensimismamiento, y antes de que pueda reaccionar, una chica se arroja a mis brazos, buscando mis labios con avidez. Suspiro agotado, intentando desvincularme de su abrazo. Hubo un tiempo en el que este escenario me habría complacido y, seguramente, luego me la habría llevado conmigo al hotel para compartir más que solo palabras. Pero ahora, todo eso es lo último en lo que pienso.

Consigo separarla de mí justo en el momento en el que coloca su mano en mi entrepierna sin ningún tipo de descaro. Sujeto sus manos en alto y ella me mira con una sonrisa lasciva.

—Así que te gusta jugar, ¿eh? —comenta con una media sonrisa.

Tiene unos labios preciosos y el pelo rubio le cae en cascada por encima de los hombros. Se ha maquillado y vestido de forma provocativa expresamente para vernos, para verme. Pero yo no puedo dejar de pensar en lo mucho que preferiría que esa melena fuera pelirroja.

—Hoy no, lo siento —le digo, guiñándole un ojo. Tengo que mantener las apariencias hasta el final.

Ella insiste un poco más, pero finalmente logro librarme de su abrazo y me escabullo entre bastidores. Espero hasta que la situación se calma y solo cuando Max me asegura que estoy a salvo, salgo de mi escondite. Ignoro la fiesta y me encamino hacia afuera, necesito aire fresco. Y un cigarrillo.

Fumo en silencio apoyado contra nuestra furgoneta cuando escucho pasos acercándose. Me tenso por un momento, pero me relajo al ver que es Olivia. Me arrebató el paquete de tabaco y el encendedor, sirviéndose un cigarro.

—Creía que lo habías dejado —me comenta tras dar su primera calada, devolviéndome todo

después.

Yo doy otra antes de responder.

—Yo también lo creía.

Cuando regresamos al hotel, mis compañeros aún están animados por el concierto. Jake y Max han traído compañía, y Olivia y yo compartiremos habitación esta noche. Aunque no hemos hablado del tema, creo que ella es quien mejor comprende cómo me siento. Tal vez incluso mejor que yo. Ella y Emma tenían una conexión verdadera, y hay algo en su mirada, cuando se pierde en sus pensamientos, que me dice que no era solo amistad.

—Podríamos volver —me había sugerido una noche—. No necesitamos una excusa para decir hola, ¿verdad?

No, no necesitamos una excusa. Lo que necesito es una razón para no hacerlo. Y la única razón que encuentro es la que me impide volver.

Sin embargo, a medida que avanzamos en la gira, los conciertos se convierten en un bálsamo para mi estado de ánimo. La música tiene el poder de aplacar cualquier malestar, al menos temporalmente. Aunque sigo rechazando los avances de chicas con las que, seguro, pasaría un buen rato, ahora soy capaz de sumarme a la fiesta después de nuestra actuación.

Las noches transcurren entre risas, música y el inevitable afterparty. Me sumerjo en esa burbuja efímera de euforia que los conciertos nos brindan.

Y entonces, una noche, entre el vibrante bullicio del público, mis ojos se encuentran con Dani. El mundo parece detenerse por un efímero instante. La esperanza titila como una luz en la penumbra de mis pensamientos. Si Dani está aquí, ¿podría ser...? Pero antes de que pueda articular la pregunta, la respuesta se desliza en el aire.

Cuando finalmente bajo del escenario, Dani me recibe con una sonrisa que intenta disimular algo. Sus palabras, sin embargo, caen sobre mí como plomo.

—Estoy solo, amigo.

Las esperanzas que se habían atrevido a asomar se desvanecen en el aire, y tanto Olivia como yo suspiramos con pesar. La decepción se refleja en nuestras miradas, y el halo de anticipación se desvanece.

Max aparece para recibir al recién llegado levantándolo en el aire y dándole un beso sugerente.

—¿Tanto me echabas de menos...? —bromea mi compañero del teclado.

Dani le devuelve el beso, pero su mirada se desvía hacia mí, y sé que hay algo más.

—En realidad, he venido a verte a ti, Jett. Hay algo que debes saber —dice Dani mientras caminamos hacia un rincón más apartado. El ambiente se tensa, y me pide que me siente. Siento cómo la intranquilidad se agita en mi interior.

Dani comienza a hablar, y las palabras que salen de su boca golpean mi conciencia como una maza. Aurora está embarazada. Mi rostro palidece, y la sorpresa se mezcla con una mezcla de confusión y desconcierto. Dani no se calla, y su discurso, cargado de nerviosismo, me deja sin palabras. Nunca lo había visto así. Ha recorrido miles de kilómetros solo para decirme esto, cara a cara. Podría haberme llamado, pero eligió enfrentarse a mí personalmente.

Quedo en silencio, procesando la magnitud de la revelación. Es una noticia impactante, algo que nunca esperé escuchar. Mi mente está en blanco, y siento que el suelo se desvanece bajo mis pies.

Después de un rato, logro romper mi silencio al articular una pregunta temblorosa:

—¿Qué quiere hacer ella?

Dani responde con incertidumbre.

—No está segura, dice que es demasiado joven. Aunque no parece gustarle demasiado la idea de

deshacerse del “problema”.

Asegura que no me lo está diciendo para que regrese con ella, si no porque cree que yo necesitaba saberlo.

Sigue parloteando, y en algún punto, sus palabras adquieren un tono más oscuro. —Ay, dios, la he cagado, ¿verdad? No debería habértelo dicho. Mierda, Aurora me va a matar. Esto ha sido un error —murmura Dani, su voz cargada de arrepentimiento. Max, con gestos de consuelo, acaricia la espalda de Dani en un intento vano de calmarlo.

Pero mi mente está atrapada, procesando la noticia con una mezcla de incredulidad y asombro. Pido a Dani, con la mayor amabilidad posible, que se calle, que necesito un momento para reflexionar. Sin pronunciar más palabras, me alejo del grupo, buscando un rincón solitario donde pueda dejar que la magnitud de la revelación se asiente en mi mente.

Me alejo unos pasos, buscando la tranquilidad de la oscuridad, pero los murmullos de la fiesta siguen zumbando en mis oídos. La brisa nocturna acaricia mi rostro, y me apoyo en la barandilla de una pequeña terraza. Cierro los ojos, tratando de ordenar mis pensamientos mientras siento el peso abrumador de la noticia en mis hombros.

La noticia del embarazo de Aurora retumba en mi cabeza como un eco persistente. No esperaba que mi vida diera un giro tan brusco. El aire fresco de la noche parece llevarse consigo la energía que me quedaba. La risa y la música llegan desde la fiesta, pero mis pensamientos están en otro lugar.

Mis pasos me llevan hacia una zona más tranquila del lugar. Me siento en un rincón apartado, observando las luces de la ciudad que parpadean en la distancia.

Pienso en Aurora, en cómo ella debe estar enfrentando esto sola en Robleblanco. El teléfono pesa en mi bolsillo, tentándome a llamar a Aurora. Pero algo en mí duda, teme que esta llamada cambie todo, que marque el inicio de un nuevo capítulo que ni ella ni yo estábamos preparados para escribir.

Una voz se alza entre la multitud, llevándose mi atención. Es Jake, el resto parece que se ha quedado atrás. Se sienta a mi lado y me tiende un cigarro. Yo lo acepto sin reparo y él se fuma otro.

Mis pensamientos giran en círculos, como las notas de una canción que no puede encontrar su melodía. La revelación de Dani ha desencadenado una tormenta de emociones, y yo estoy atrapado en su centro, sin saber hacia dónde dirigirme. Aurora merece más que una llamada telefónica impulsiva y mal pensada. Necesito tiempo para entenderlo todo antes de enfrentar la tormenta que se avecina.

—¿Alguna vez has pensado en lo vasto que es el mundo? —comienza Jake, su tono melancólico. Levanto la mirada hacia el horizonte, sintiendo la conexión única que tenemos los dos. Hemos recorrido muchos lugares, cada rincón del mapa marcado por nuestras huellas. La música ha sido nuestro faro, pero ahora parece que hay algo más que nos llama.

—Glitch ha tocado en casi todos los rincones del mundo, ¿verdad? —pregunta Jake, como si la respuesta ya estuviera implícita en nuestra historia.

Asiento, recordando las noches en las que la música se fundía con los paisajes más diversos, la euforia de compartir nuestras canciones con culturas diversas.

—Quizás, después de todo este tiempo, necesitamos encontrar un lugar al que pertenecer de verdad. No solo una parada en la gira, sino un hogar de esos que echan raíces —prosigue Jake, su mirada perdida en las luces lejanas.

La idea flota en el aire, y mi mente la absorbe como una melodía nueva. Es un cambio de ritmo, una variación en la partitura de nuestras vidas. Glitch ha sido nuestro refugio, pero tal vez ha

llegado el momento de buscar algo más. Algo estable, tangible.

—No sé, Jake. Siempre he sentido que el mundo era nuestro escenario, pero últimamente... — mis palabras se desvanecen en el viento nocturno.

Jake asiente comprensivamente.

—Quizás sea hora de dejar que la música nos lleve a un lugar que podamos llamar hogar. No importa cuántos kilómetros hayamos recorrido, siempre habrá un destino final.

Me quedo pensativo, las luces de la ciudad centelleando como estrellas distantes. La idea de encontrar un hogar real, algo más allá de las luces del escenario, comienza a tomar forma en mi mente. La melodía de nuestra vida puede encontrar su coda en algún lugar especial, un lugar que podamos llamar nuestro.

Cuando regresamos al hotel, Olivia, Max y Dani ya nos están esperando en el lobby. Al vernos llegar, se levantan con rapidez. Dani está pálido, parece que acabe de vomitar.

—Jett, ¿estás bien? —me pregunta Olivia, acercándose con rostro preocupado para abrazarme.

Asiento, tratando de mostrar tranquilidad, pero sé que mi expresión revela un torbellino de emociones. Cuando nos separamos, me dejo caer sobre el sofá con un suspiro.

—Creo... creo que voy a hacer una locura —comienzo a hablar—. Y me gustaría que me ayudaraís.

El grupo se mira entre sí, expectante ante la intriga de mis palabras.

—¿Qué tipo de locura? —pregunta Max con curiosidad.

—De las que nos ganan una bronca de Claudia —respondo con una media sonrisa, intentando aligerar el ambiente.

Max sonrío con diversión y mira al resto.

—Cuenta con nosotros, ¿qué quieres que hagamos?

Me incorporo un poco en mi asiento, sintiendo la adrenalina de la idea palpar en el aire. Los ojos del grupo están fijos en mí, esperando detalles.

—Para empezar, necesitamos las llaves del autobús.

El grupo estalla en gritos de expectación. Dani, en cambio, se pone todavía más pálido.

—Aurora me va a matar —dice arrepintiéndose de nuevo antes de que lo arrastremos con nosotros.

AURORA

No puedo dormir. Hace días que no lo hago. Desde que fui al ginecólogo y me confirmó que, efectivamente, estoy embarazada. Las noches se han vuelto un desafío insuperable para encontrar el consuelo del sueño. Aunque, si lo pienso bien, quizás las noches inquietas empezaron antes, incluso antes de conocer la verdad.

El teléfono móvil reposa sobre la mesa como un testigo mudo de mis pensamientos tumultuosos. La tentación de marcar su número es abrumadora, pero el sentido común me detiene. ¿Qué podría decirle ahora? Fui yo quien prácticamente lo expulsó de mi vida, de Robleblanco. Sería egoísta, casi cruel, buscar refugio en su presencia ahora. Además, sigo sin saber qué hacer.

Mis brazos abrazan mis piernas en un intento de encontrar consuelo, mientras la brisa nocturna acaricia mi rostro a través de la ventana. El frescor anuncia el cambio de estación; pronto deberé cerrar las ventanas por las noches. Mi mirada se desplaza hacia el lado de la cama donde Emma duerme en una paz que me resulta inalcanzable. La envidia me muerde, y tras unos momentos de reflexión, tomo la decisión de levantarme.

Me envuelvo con un chal sobre los hombros y desciendo las escaleras en dirección a la cocina. Con gestos automáticos, muerdo una manzana, buscando en el crujido algo que apacigüe la ansiedad que me consume. La madrugada pinta el pueblo con una quietud serena, un silencio que, por primera vez en mi vida, me irrita.

Sigo divagando en mi mente sobre los días pasados. Fueron apenas unos días, pero la intensidad de todo aquello ha sido... increíble. Me sentí viva, llena, emocionada. Y ahora... ahora me siento sola. La soledad se cierne como una sombra, y la incertidumbre del futuro se apodera de mis pensamientos. Inconscientemente, acaricio mi barriga, un gesto que conecta mi presente con el latente misterio que se desarrolla en mi interior. Por ahora, no es más que una aglomeración de células, pero pronto empezará a tomar forma: ojos, orejas, un corazón. Y si eso ocurre...

Un sonido estridente me arranca de mis reflexiones, haciendo que mi corazón dé un salto en mi pecho. Reacciono por instinto, sin pensar, y agarro una sartén que yace cerca. Inmóvil, escucho mientras los sonidos persisten fuera de la casa. Vienen de la oscura quietud de la noche. Aguardo unos segundos, con el corazón golpeándome el pecho a mil por hora, cuando la melodía escucho... ¿música?

Todavía con la sartén en la mano, avanzo cautelosa hacia la ventana. La melodía se intensifica, y un destello de reconocimiento ilumina mi rostro. Es imposible, y sin embargo, es obvio. El eco de esa canción trae consigo un halo de familiaridad y calma que reconozco al instante. El impulso de la esperanza me empuja, y salgo temblorosa al jardín de la entrada. La luz de la luna titila sobre el césped, y mi mirada se eleva hacia la fuente de la melodía.

Jett se encuentra en el centro del jardín, respaldado por el resto de Glitch, que sigue un poco más atrás. Olivia en el bajo, Jake en la batería, Max en el teclado, y Jett con su guitarra. Desconozco por completo cómo han organizado esto, pero han trasladado el concierto al jardín. Han dispuesto varios farolillos que arrojan luz sobre la escena, proporcionándole un toque íntimo y romántico.

De repente, la melodía cambia cuando Jett se percató de mi presencia, y comienza a cantar. Es

una canción lenta, casi melancólica, y me sorprende al prestar atención a la letra. Al principio, estoy demasiado aturdida para comprenderlo, pero la canción trata de mí. Jett describe mis pecas, elogia mi pelo ardiente, y habla de cómo se pierde en mis ojos verdes.

Permanezco atónita, sin poder moverme, ni siquiera cuando Emma aparece a mi lado y coloca ambas manos sobre mis hombros, emocionada por el inusual concierto. Pronto escuchamos las quejas de los vecinos; algunos han salido de sus casas para curiosear. Pero mi atención está completamente absorbida por Jett, su voz y sus palabras de amor en esta inesperada confesión.

La música llena el aire nocturno, y el suave resplandor de los farolillos se mezcla con la magia del momento. Cada palabra de Jett parece un susurro directo a mi corazón, transformando el jardín en nuestro propio universo íntimo.

La canción llega a su conmovedor final, y Jett se aproxima a mí mientras cuelga la guitarra de su espalda. Con una sonrisa, me lanza una pregunta inesperada:

—Hola, pelirroja. ¿Vas a invitarme a entrar, o me vas a echar con esa sartén?

Despierto del aturdimiento, consciente de que está aquí, frente a mí, real. Bajo la sartén y me aparto para que pase. Emma se queda afuera con los demás, y cierro la puerta tras Jett.

De repente, la nerviosidad se apodera de mí al encontrarnos solos. Este es el momento, tengo que decírselo. Ya no puedo soportar más este secreto. Sin embargo, antes de que pueda siquiera pensar en cómo abordarlo, él se adelanta:

—Lo sé —me dice de repente.

Lo miro con cautela, tratando de procesar sus palabras.

—¿Lo... lo sabes?

Asiente y me explica la confesión de Dani. Luego, me pide que no le castigue por ello; ya está sufriendo suficiente. Además, afirma que mi amigo tenía razón, que esto es algo que debía saber.

—¿Por qué me lo has ocultado?

Mis nervios se intensifican, y mis palabras salen a trompicones, balbuceando excusas sin sentido. La expresión de Jett se oscurece, y repite la pregunta:

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿De verdad no pensabas hacerlo? —dice, y puedo percibir el dolor en su mirada.

Suspiro agotada, y me dejo caer sobre un sillón. Necesito sentarme para afrontar esta conversación.

—Quería hacerlo, de verdad que sí. Pero no estaba segura de cómo reaccionarías. Sé lo importante que es para ti la banda, las giras, ese estilo de vida que amas, y un bebé no tiene cabida en algo así. No quería ser un problema para ti, por mucho que deseara tenerte a mi lado. Jamás te pediría que dejaras tu vida por mí.

Jett sacude la cabeza y se queda en silencio durante unos minutos largos mientras camina en círculos por la estancia. Mi nerviosismo aumenta, temiendo una reacción negativa, pero entonces, Jett empieza a hablar.

—Te dije que me gustabas, que me gustabas de verdad. Y tú me echaste de tu casa. ¿Es por esto que lo hiciste? Ahora todo tiene sentido. No soy idiota, ¿sabes? Sé reconocer cuando le gusto a una chica, y yo te gusto mucho. Pero, te seré sincero, me hiciste dudar. Fuiste tan fría que yo... me lo creí. Y luego me entero de que estás embarazada y que no pensabas decírmelo. —parece enfadado, y me muerdo el labio para evitar hacer un puchero. Sin embargo, se acerca a mí y me acaricia el rostro con suavidad—. Sabes, creo que hemos dependido de nosotros mismos demasiado tiempo, vamos a tener que aprender a apoyarnos un poquito más el uno en el otro.

Lo miro confundida.

—¿De qué estás hablando?

—De lo nuestro —responde como si fuera obvio—. Tú me gustas, yo te gusto. Salgamos juntos, es lo que se suele hacer, ¿no?

Sacudo la cabeza.

—Si lo dices por el bebé... no tienes por qué hacerlo, Jett. Yo no quiero nada de ti, ni siquiera sé si quiero tenerlo todavía...

Él se pone serio y me mira a los ojos cuando me dice lo siguiente:

—He pensado mucho sobre el tema durante las últimas horas de viaje. Esta situación era algo que no me esperaba, pero lo cierto es que... no me desagrada la idea. De todas formas, es tu decisión, y elijas lo que elijas, pienso quedarme a tu lado. Con bebé o sin, yo quiero estar contigo, Aurora. Tú eres mi hogar.

La habitación parece más pequeña de repente, como si nuestras palabras hubieran llenado cada rincón con una intensidad palpable. Jett se queda en silencio, esperando mi reacción, y yo me sumerjo en un torbellino de pensamientos y emociones.

Contemplo la propuesta de Jett. Ha tomado una decisión, y ahora es mi turno de hacer lo mismo. Mis dedos acarician su rostro, recorro los tatuajes que le llegan al cuello y percibo la tensión que lo embarga. Aunque intentaba parecer relajado, es evidente que es un manojo de nervios. Jett se relaja gradualmente ante mi contacto, y poco a poco, nos acercamos. Finalmente, lo miro a los ojos antes de cerrarlos y fundirnos en un beso.

El beso es lento y profundo, cargado de anhelo y desesperación. Cuando nos separamos, nuestras frentes permanecen juntas.

—Esto es una locura, vamos a tener un bebé —susurro con una sonrisa nerviosa.

Jett ríe conmigo y me besa de nuevo.

—Será mejor que aprendamos a cambiar pañales, ¿o deberíamos comenzar por las noches en vela?

—Creo que eso ya lo dominamos —respondo, apartándome solo lo suficiente para mirarlo de nuevo— ¿Has fumado?

Él pone las manos en alto y se excusa con rapidez.

—Creía que te había perdido para siempre, pelirroja. Dame un respiro —se queja divertido, para después asegurarme de que no habrá más tabaco a partir de este momento.

La complicidad brilla en sus ojos, y la habitación parece llenarse de una nueva energía, una que promete desafiar juntos lo que sea que el futuro les depare.

Salimos de la casa y nos encontramos con un mar de expectantes rostros. Medio pueblo parece haberse congregado para el anuncio. Cuando compartimos la noticia, una explosión de aplausos y vítores llena el aire. Olivia y Emma se abrazan con lágrimas en los ojos, emocionadas tanto por reencontrarse como por la maravillosa noticia. A su lado, Dani aplaude aliviado y emocionado junto a Max. Incluso Jake, siempre sereno, parece al borde de las lágrimas.

Siento cómo mis mejillas arden ante tanta atención, pero Jett rodea mis hombros con sus fuertes brazos, proporcionando un anclaje seguro en medio de la celebración.

Los aplausos se mezclan con risas y felicitaciones, creando un ambiente de alegría contagiosa. La comunidad entera parece unirse para celebrar este nuevo capítulo en nuestras vidas. Me siento abrumada por el cariño y el apoyo que nos rodea.

Jett me mira con una sonrisa, sus ojos revelando un cúmulo de emociones compartidas. Es un momento mágico, y siento la certeza de que, pase lo que pase, no estamos solos en este viaje. La vida, llena de sorpresas y desafíos, se extiende ante nosotros, y la felicidad palpita en el aire mientras la comunidad celebra el regalo de una nueva vida.

JETT

—Por el amor de Dios, Jett. Te prometo que no vas a hacerle daño —se queja Aurora, su voz ligeramente entrecortada por la incomodidad. Está completamente desnuda, y su prominente barriga es todo lo que puedo ver desde mi posición.

El deseo por estar dentro de ella me envuelve, pero no puedo evitar pensar que esto está mal.

—¿Cómo estás tan segura? No sé si lo has notado, pero no la tengo precisamente pequeña —comento genuinamente preocupado.

Ella suelta un suspiro y, aunque no puedo verla la cara, sé que ha puesto los ojos en blanco.

—Cielo, si tu pene llegara hasta donde está nuestra hija ahora mismo, te aseguro que nunca hubiera llegado a engendrarse —me responde con voz irritada—. Por favor, ayúdame a sacar a tu hija de mi vientre. Nuestra pequeña parece estar cómoda ahí dentro y lleva casi una semana de retraso. No muestra prisa por salir, y hemos probado de todo para incentivarla. Esta es nuestra última opción. Hemos tenido sexo otras veces antes durante estos últimos meses, pero Aurora no estaba tan grande ni incómoda entonces.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? Podemos probar otra vez con la pelota... ¡Ah...! —gimo cuando, cansada de mis dudas, Aurora decide deslizarse a lo largo de mi miembro, moviéndose y restregándose contra él hasta que está lo suficientemente erecto. Luego, lo guía hacia su interior.

Gimo de nuevo y me muevo instintivamente bajo ella. Su respiración se torna forzada, y pronto, ambos gemimos en un compás sincronizado. Continuamos moviéndonos, yo la sostengo por el trasero, ayudándola a moverse cuando siento cómo sus paredes se contraen a mi alrededor.

—Joder, voy a correrme —me avisa entre gemidos, y maldigo al sentir lo cerca que estoy también.

Persistimos un poco más hasta que su cuerpo convulsiona y me dejo llevar con ella en un éxtasis compartido. El placer me sacude con fuerza, hacía tiempo que no gozábamos de un momento así y, aunque ha sido breve, siento que ha sido perfecto.

Nos quedamos quietos un momento, los dos fundidos en un éxtasis compartido cuando, de repente, todo se siente demasiado húmedo. Un instante de confusión pasa antes de que caiga en la cuenta. Con Aurora aún sobre mí, aún conectados, la miro y le digo:

—Preciosa, creo que has roto aguas.

Ella se separa rápidamente, sus ojos reflejando sorpresa y preocupación. La habitación, antes impregnada de intimidad, ahora se convierte en un escenario de acción. Aurora, una mano en su vientre, verifica lo que he señalado.

—¿En serio? —pregunta, su voz temblorosa de emoción y nerviosismo.

Asiento, preocupado pero emocionado ante la inminente llegada de nuestra hija. Aurora, con gestos rápidos, busca su ropa mientras yo me levanto y busco una toalla para ella.

—Necesitamos ir al hospital —digo, enfocándome en la situación.

Aurora asiente, pero su rostro muestra la mezcla de emociones que la embarga. La ayudo a vestirse, y juntos salimos apresuradamente de la habitación en busca de las llaves del coche y cualquier cosa que podamos necesitar en el hospital. Mientras tanto, ella llama al resto.

El viaje hacia el hospital es tenso, lleno de anticipación. Aurora, entre contracciones, aprieta mi mano mientras trato de mantener la calma al volante.

—Estamos a punto de conocer a nuestra hija, ¿puedes creerlo? —le digo, tratando de infundir tranquilidad en el ambiente tenso del automóvil.

Aurora me sonrío débilmente, sus ojos reflejando la mezcla de emociones que la embarga. La urgencia del momento se mezcla con la expectación, creando un cóctel emocional en el interior del vehículo.

Al llegar al hospital, somos recibidos por el personal médico que nos guía rápidamente a una sala de parto. La intensidad de la situación se apodera de la habitación, pero estoy ahí, a su lado, ofreciéndole apoyo y aliento en cada momento.

El proceso de dar a luz es intenso y emocionante. Sostengo la mano de Aurora con firmeza mientras ella trabaja para traer al mundo a nuestra hija. Las palabras de ánimo y cariño fluyen entre nosotros, creando un vínculo aún más profundo en medio de la sala de parto.

Finalmente, con un llanto lleno de vida, nuestra hija llega al mundo. Desde luego, tiene buenos pulmones. La emoción inunda la habitación, y no puedo contener las lágrimas al ver a mi pequeña por primera vez. Aurora sonrío con agotamiento cuando la enfermera coloca a nuestra hija sobre su pecho. Está colorada, mojada y todavía tiene algún rastro de placenta sobre su piel, pero ya puede distinguirse la fina mata de pelo pelirrojo sobre su pequeña cabeza. Es preciosa.

—Bienvenida, Odele —dice Aurora con una ternura que llena la habitación.

El tiempo parece detenerse por un instante mientras contemplamos juntos a nuestra recién nacida. Luego, con sumo cuidado, se llevan a Odele para terminar de limpiarla y después de un tiempo que se me antoja eterno, nos la traen metida en una cuna, envuelta en una manta suave y con un pequeño gorro que apenas le cubre la cabecita. Su presencia ilumina la habitación y, en ese momento, siento un estado de felicidad que jamás creí posible.

Un poco más tarde, la puerta de la habitación se abre nuevamente, revelando la entrada de Jake, Olivia, Max, Dani y Emma. Cada uno lleva consigo regalos meticulosamente envueltos, sonrisas radiantes y un torbellino de emociones contenidas. La habitación se impregna de risas silenciosas, lágrimas emocionadas y el inconfundible aroma de flores frescas que han traído consigo.

Mis amigos, Dani y Emma, se acercan con alegría, colmándonos de felicitaciones y regalos para nuestra pequeña. Observo cómo entregan paquetes envueltos con esmero y tarjetas llenas de buenos deseos. Es un momento que atesoraré por siempre, la escena de nuestra pequeña familia rodeada de personas que nos quieren y aprecian.

Jake, mi eterno compañero, me da una palmada en el hombro y me felicita con una sonrisa cómplice. Olivia, con lágrimas de felicidad en los ojos, abraza a Aurora con ternura junto a Dani y Emma. Max nos entrega un paquete envuelto en papel brillante con un guiño.

—Para la nueva rockstar en la familia —dice con una sonrisa—. Es de parte de todos —añade rápidamente.

Mientras todos celebran y comparten la alegría, me doy cuenta de que este es el momento que siempre busqué, aunque no lo supiera. Esta habitación llena de amor y afecto es mi hogar. No es solo la familia que he creado con Aurora, sino también la que encontré en esta gente.

Aurora y yo nos miramos, compartiendo un instante cargado de significado. Su mano encuentra la mía con ternura, y mientras lo hace, diviso el tatuaje que adorna su muñeca: una guitarra eléctrica que decidió plasmar hace unos meses. llevo un libro tatuado en honor a ella Esta es nuestra historia, nuestro viaje, y aquí estamos, en el punto donde todo converge en un momento de plenitud. La pequeña en nuestros brazos, la familia que nos rodea y el amor que nos une

forman un cuadro perfecto.

Siento que por fin he encontrado mi hogar. Aquí, en este rincón de la vida, con los que amo a mi lado, sé a dónde pertenezco. Este es el cierre de un capítulo y el comienzo de una nueva etapa, y estoy listo para enfrentarla junto a ellos.

Penélope Ember

Otros libros de la
autora:

